



ASTUCIAS

DE

PANCHO FALCATO

EL MAS FAMOSO

DE LOS BANDIDOS DE AMERICA

por

F. ULLOA C.

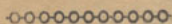


VALPARAISO

Casa Editora Franco-Chilena de C. Huel S.

11(896-11)

Astucias de Pancho Falcato



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE
CHILE

504

ULLO

ast

557290

ASTUCIAS

DE

PANCHO FALCATO

EL MAS FAMOSO

DE LOS BANDIDOS DE AMERICA

POR

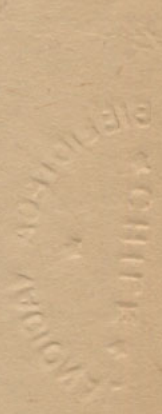
F. ULLOA C.



VALPARAISO

IMPRESA FRANCO-CHILENA DE C. HUREL E HIJOS

1927





Las Astucias de Pancho Falcato

Se ha dicho por la prensa en diversas ocasiones que el bandido cuyos hechos motivan el presente libro — hombre fatal que ya no existe — fuera un valiente como Rocamboles, un temerario como Cartouche, un asesino como Cambiaso.

Y, sin embargo, nada hai mas inexacto.

Francisco Rojas, mas comunmente conocido por *Falcato*, su apellido materno, solo fué un ladrón astuto y relativamente atrevido.

Sus fechorias lo prueban palmariamente.

Veamos.

I.

LOS FRAILES

Una noche del año de mil ochocientos cuarenta y dos, un piquete de veinticinco hombres galopaba al mando de un apuesto oficial por el camino que conduce a las Condes.

Al par que los soldados, su jefe, el oficial, parecia encontrarse bajo la influencia de una emocion inusitada.

Y tenian razon.

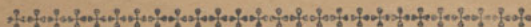
No hacia una hora que su comandante les habia dirijido estas testuales palabras:

ADVERTENCIA

Este libro ha sido escrito especialmente para la Policia, no para enseñar a los agentes del orden y de la seguridad lo que hoy no necesitan aprender, sino que para advertirles con la lógica de algunos hechos:

Que de una pobre conseja
Nace una gran moraleja.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE



Las Astucias de Pancho Falcato

Se ha dicho por la prensa en diversas ocasiones que el bandido cuyos hechos motivan el presente libro — hombre fatal que ya no existe — fuera un valiente como Rocambole, un temerario como Cartouche, un asesino como Cambiasso.

Y, sin embargo, nada hai mas inexacto.

Francisco Rojas, mas comunmente conocido por *Falcato*, su apellido materno, solo fué un ladrón astuto y relativamente atrevido.

Sus fechorias lo prueban palmariamente.

Veamos.

I.

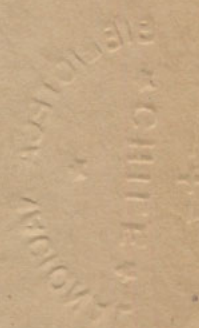
LOS FRAILES

Una noche del año de mil ochocientos cuarenta y dos, un piquete de veinticinco hombres galopaba al mando de un apuesto oficial por el camino que conduce a las Condes.

Al par que los soldados, su jefe, el oficial, parecia encontrarse bajo la influencia de una emocion inusitada.

Y tenian razon.

No hacia una hora que su comandante les habia dirijido estas testuales palabras:



"Amigo mio:

Os he escogido para un golpe audaz.

Se trata de aprehender la partida de asesinos que desde tiempo atras, como lo sabeis, mantiene en constante alarma a Santiago y sus contornos.

El que alcance tal hazaña merecerá el agradecimiento de esta opulenta ciudad y obtendrá al mismo tiempo, un cúmulo de recompensas.

Hoi mismo, esta noche, ¿me entendeis? esa maldita partida que tanto me preocupa, debe caer en nuestras manos.

Acabo de recibir un denunció, en el que se la e saber por una persona que oculta su nombre, pero que es bien intencionada, a lo que entiendo, que el rico propietario señor G., será asaltado en su fundo de .. por los miserables conculcadores del bienestar y tranquilidad ajenos.

Marchad pues. en su auxilio y volved triunfantes"

Por manera que el oficial y sus soldados, tras la pista de los criminales y seguros de tomarlos sin gran trabajo, seguian ávidos y silenciosos el derrote-ro que su jefe superior les indicara.....

De improviso, al doblar un recodo del camino, un grupo compacto de jinetes les corta el paso.

El oficial un tanto sorprendido, ordenó a los suyos replegarse: desenvainó su espada acto continuo y empinándose en los estribos, lanzó un estentóreo *quién vive?* que fué a repercutir en los valles circundantes.

—¡Alabado sea Dios: jente de paz! —dijo por toda respuesta uno de los del grupo.

El oficial no obstante las palabras que acababa de oír, picó con arrogancia su caballo y llegando hasta codearse con los desconocidos, reconoció en ellos diez frailes dominicanos, los cuales, montados en

briosas mulas, calada la capucha y con la cara humilde y compunjada, aparecian con un descomunal rosario en las manos.

— ¡ Como ! ¿ Sus paternidades a estas horas y en estas soledades ? — interrogó admirado el oficial.

— Ya usted lo ve, hijo mio — balbuceó uno de los frailes. — Regresamos a nuestro convento despues de haber cumplido, como manda Dios, nuestro sagrado ministerio en Apoquindo.

— ¡ Ah !

— Yo soi el padre prior, servidor y capellan de usted, — prosiguió el fraile, — y las personas que me acompañan son mis hermanos en Nuestro Señor Jesucristo.

— Entiendo, entiendo. ¿ Y no han encontrado a nadie en el camino sus reverencias ?

Absolutamente hijo mio, ¿ Y a quién podíamos encontrar ? ¿ Quien se atreve a esponer asi no mas su vida, este precioso don que todos debemos conservar puesto que nos viene de Dios ?

Eso es precisamente lo que yo necesito averiguar, contestó con aire sentencioso, disponiéndose a partir, el oficial.

¿ Va usted adelante, hijo mio ? Mejor le estaria volverse con nosotros. Asi nos favoreceria con su agradable compañía. En cambio, tanto usted como sus subalternos, participarian del santo rosario que su presencia nos ha obligado a interrumpir.

Los soldados, al escuchar tales palabras, murmuraron por lo bajo.

— Buenas noches sus reverencias, dijo el oficial, un tanto fastidiado; y alineando militarmente a su compañía, partió al galope.

Y bien, compañeros, ¿ que os parece ? — preguntó uno de los frailes apenas la tropa se hubo alejado.

— ¡ Perfectamente ! exclamaron los demas, — como

solo sabe hacerlo el capitán Falcato.

— Ahora estamos libres de importunos. Fuera las polleras y capuchas y en marcha, que el tiempo es oro.

Y sin articular una palabra anduvieron hasta encontrarse frente al viejo portón de unas estensas casas.

Falcato mandó hacer alto y desmontar a los suyos.

Luego sacando de su cintura un afilado puñal, golpeó con el pomo en el consabido portón.

Una voz de hombre le contestó desde el interior.

— ¿Quién es? ¿quién es?

— ¡La policía! — respondió pausadamente Falcato.

— ¡Voi a abrir, señor! — dijo la voz.

En efecto, sintióse descorcer un pesado cerrojo y el portón se abrió de par en par.

Pero, antes que el incauto pudiese remediar su ligereza, nueve bandidos, pistola en mano, se precipitaron en las habitaciones, ataron y golpearon sin misericordia a sus miradores; rompieron y robaron cuanto tuvieron a su alcance y huyeron en seguida sin que nadie les molestara.

Y el *decimo* salteador, el que no tomó parte en el atentado ¡quien lo creyera! era el capitán de la partida, era Falcato que, antes de esponer su pellejo, prefirió rebajar su dignidad de jefe, quedándose al cuidado de las mulas!

Tres horas despues, el oficial y su tropa, que habian vuelto y revuelto el fundo del señor G. llegaban presurosos a recojer la noticia de lo sucedido.

Y, sin embargo, oficial y soldados habian hecho *vis* a *vis* con Falcato; quien indudablemente era el autor del denuncia enviado a su comandante.

10 CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL



II.

LA REMOLIENDA

La Pascua de Navidad de mil ochocientos cuarenta y tres comenzaba a celebrarse por los entusiastas habitantes de Santiago y... el comandante de policía mismo se aprontaba a hechar un verde por esos mundos de Dios, cuando uno de sus soldados se le presentó diciéndole

—Este papel, mi comandante, me lo acaban de entregar para usted, con la advertencia de que su contenido le interesa mucho.

El jefe cojió el papel, y recorriéndolo con lijereza vió que decía:

« Señor comandante:

Mientras unos rien otros lloran. Asi, es la vida.

Mientras Santiago entero se divierte, alguien hai que padece congojas de muerte.

—Y si no que lo diga don P. a quien esta misma noche se saltea en Renca.

Si usted es tan activo y jeneroso, como dicen, mande a impedir el atentado. — *Falcato* ».

Apénas el comandante de policía hubo concluido la lectura de la precedente misiva, estrujó el papel en sus manos.

{ Esto es inaudito! — dijo. } Ah si el señor Ministro lo supiera! Pero yo sabré cortar las alas a ese pájaro infernal que se llama Falcato.

— ¡Hola, teniente Z!

Un arrogante oficial acudió a su llamado.

El comandante se encaró con él.

—Vea usted, — le dijo — la partida que no supo aprehender en ocasión oportuna, se rie hoy de nosotros pues me previene por boca de su infame capitán Falcato, que esta noche caerá sobre la propiedad de un acaudalado vecino de Renca.

— ¡ Ah, señor! objetó el oficial.

¡ Y hará lo que dice — prosiguió el jefe. — Ahora tócame a mí, no solo cortar el cuarenta, como vulgarmente se dice, sino echar el guante a esa funesta partida.

— Si yo pudiera...

— Debe poder, mi amigo, no hai otro remedio. Es para que *pueda* para que lo llamo. Elija diez hombres resueltos en la tropa, ármelos hasta los dientes y lárquese con ellos a la empresa. Talvez llegue a tiempo.

El comandante vió su reloj: eran las doce en punto.

— Buena hora, — dijo, — para usted.

El oficial, que era el mismo a quien Falcato habia buclado ocultándose con los suyos bajo el modesto sayal de los dominicos, ansioso de buscar el desquite aquella noche, marchóse a desempeñar la importante comisión que se le confiara.

La casa amagada por el capitán bandido, no distaba mucho del cuartel de policía, y en media hora de buen galope estuvo a sus puertas.

Pero, con gran admiracion de su parte, nada encontró allí que le indicara la existencia del golpe de mano que suponía, si no consumado, en via de perpetrarse.

El patio principal se hallaba alumbrado por un reverbero antiquísimo, y a favor de esa escasa luz, el teniente distinguió una carretela, cuyas varas descansaban sobre los lomos de una hermosa mula y en otro lugar, atados en la reja de un jardin, hasta ocho caballos ensillados con elegantes y costosas monturas. Todo lo cual le advertía que los habitantes de aquellas casas habían vuelto recientemente de un paseo.

De modo que, a juzgar por lo que veía, era indudable que Falcato se habia burlado de su comandante y, en consecuencia, de los soldados que allí se encontraban, incluso él mismo.

Así, para mejor averiguar lo que, a su juicio le convenia saber, ordenando a los suyos lo siguiesen, azotó su caballo y a carrera tendida se precipitó en direccion de la que abrió puerta principal de las casas.

Empero, antes que el animal tocase el punto hacia donde lo impulsaran, la puerta se abrió, dejando ver en su dintel la figura de un hombre, que con la sonrisa en los labios se presentaba diciendo:

—¡Buenas noches! ¡buenas noches, señor capitán!

—¡Asi se las da Dios a usted, mi señor!—respondió con arrogancia el oficial.

—¿Y que trae por acá a vuesa merced?...

—Pero, ¿usted es el dueño de casa?—interrumpió el teniente.

—El mismo, para servir a vuesa merced.

—Entonces deseo hablar dos palabras con usted.

—Las que guste mi señor. Desmóntese usted.

El oficial descendió de su caballo y en pocas palabras impuso al supuesto dueño de casa del anuncio de Falcato y de la resolución de su jefe, que quería no solo impedir el atentado, sino capturar muerto o vivo al audaz bandido.

—¿Con que, esas tenemos, señor capitán? ¿Y usted viene solo a defenderme?

—¡Ah, no, señor! Me acompañan diez valientes soldados.

—¡Magnífico! Esperaremos a ese fanfarrón de Falcato. Que se atreva a venir y veremos si se nos escapa. Pero... ¡qué diantres! usted nos llega muy a tiempo, pues en este momento regresamos varios amigos de la Alameda. Qué bonita está, ¿no es verdad? señor capitán?

—Así es, señor: está muy hermosa—murmuró con frialdad el oficial.

—En fin, estamos de pascua, no perdamos el tiempo. Vamos al salón. Que bajen sus subalternos...

—¡Mis subalternos!—esclamó con extrañeza el teniente.

—¿Le admira mi proposición, señor capitán? ¡Pues qué importa eso! No somos iguales como hombres? ¿Por qué, entonces, no nos hemos de divertir juntos?

El oficial no replicó; ordenó desmontar a los soldados, y obediendo la invitación del dueño de casa, entró con ellos a una espaciosa sala en que a la sazón se encontraban varias señoritas y caballeros departiendo y bebiendo amigablemente.

—Presento a ustedes al capitán Z,—dijo el dueño de casa, dirigiéndose a las personas aludidas, al mismo tiempo que indicaba al oficial participase con entera confianza de la sociedad que le ofrecía.

Después de los saludos y reverencias del caso, una de las señoritas tomó una vihuela, la pulsó con maestría y cantó una tonada que agradó mucho al oficial

Concluida la tonada:

—Un bailecito ahora,—dijo uno de los asistentes.
—Me parece que el señor capitán debe ser muy entendido en el baile.

El teniente no se hizo de rogar. Era de la escuela de los complacientes, así, desprendiéndose de su espada, eligió una compañera y, después de haber despachado, en su compañía también, un enorme vaso de ponche en leche, lanzóse con ella al zapateo del *Aire*, baile que tan en boga estaba en esa época.

Toda evolución merecía un trago; pero un trago jeneral, que en fuerza de su insólita repetición fué poco a poco trastornando las cabezas, hasta convertir la fiesta en un bullicioso laberinto.

—¡Arriba, hijitos, al escobilleo, pues! decía uno de los espectadores.

—¡Ofrécele la cuequita, oficialito!—agregaba otro.

—¡Cortale los botones!

—¡Clávale el acicate!

Y el teniente y su pareja llegaban a levantar polvareda en el estrado.

—¡Al verso, al verso; al oficial le toca! observó entusiasmado el dueño de casa.

El teniente jiró sobre sus talones, miró con lánguidos ojos a la joven que lo acompañaba, y después de meditar un rato largo, bulbució entre dientes:

«Cuando buscaba a Falcato,
Por antojo de mi estrella,
Como hombre de buen olfato
Me encontré con esta bella:
Un trago pido por ella
Y otro trago por... Falcato.»

—¡Viva Falcato!—gritaron los concurrentes, incluso los diez agentes de policía que, tomados ya de cola y tirante por el ponche que les menudeaban, no cesaban de aplaudir las gracias de su teniente.

La cantora alzó la voz y con el estribillo:

*Airé. airé, airé, airé,
No sé si me moriré;
Airé, airé, airó,
No se si me muera yó.*

Pasó de la primera a la segunda parte del baile, dejando así a la bailarina en actitud de corresponder con otra improvisación la de su galante compañero, el oficial.

La joven resbaló humildemente su mirada sobre su mismo talle y dijo con meloso acento:

«Hoi que me veo en la buena
Nada me asusta;
Que el teniente y el ponche
Solo me gustan.

—¡Trago! ¡trago!—esclamaron todos.

Y el ponche corrió profusamente por los labios de los alegres circunstantes.

Al fin; a medida que se consumían las velas que alumbraban la sala, los ojos de los gustadores se cerraban a porfía y presto un ronquido prolongado partió de todas partes...

*

* *

El oficial fué el primero en despertar. Miró con desconfianza a su alrededor y solo vió a sus subalternos que, tirados los unos por el suelo y echados los otros sobre las sillas, dormían aún a más y mejor.

—¡Caramba! ¿á donde diablo nos hemos metido?
—murmuró con desesperacion.

Abrió despues una ventana y, en el mismo instante que un rayo de sol heria sus ojos, un quejido de dolor llegaba a sus oidos.

El teniente, que era uno de los empleados mas intelijente del cuerpo de policia, reflexionó un momento.

La ausencia de las personas que lo habian obsequiado en aquella casa, lo preocupaba sobremanera.

Necesitaba ver claro para saber a que atenerse.

Así, sobresaltado en grado superlativo:

—¡Arriba, muchachos, arriba!—gritó dando con el pié a cada uno de los individuos de su mando.

Los soldados se pusieron a sus órdenes.

—En el acto, un registro prolijo de esta casa: vamos allá, niños, —dijo.

La tropa obedeció, y recorriendo habitacion tras habitacion, encontró al fin en una apartada bodega, atados y amordazado, un caballero anciano, dos señoras, un criado y varios niños, todos los cuales fueron conducidos a presencia del teniente.

Interrogado inmediatamente el caballero sobre lo sucedido, espuso:

Que unos cuantos hombres y mujeres, a caballo y en carruajes, habian llegado a su casa al oscurecer del dia anterior, que habian principiado por saludarlo con un esquinazo, por lo que creyó fuese jente amiga la que así lo festejaba en una Noche Buena; que abrió las puertas para recibirlos con el cariño que sabia dispensar a sus relaciones, y que en el instante mismo que así procedia, un grupo de hombres se echó sobre él y su familia, atándolos y amor-

dazándolos; que enseguida los encerraron bajo llave en la bodega, donde habian permanecido toda la noche sintiendo lo que pasaba en su propia casa.

Impuesto de lo referido, el oficial dispuso que el caballero examinase cuidadosamente las habitaciones, a fin de que le manifestase si habia sido robado.

Cumplidas las órdenes del teniente, se llegó a saber que todos los objetos de valor que encerraban las cajas y baules del caballero, habian desaparecido; estimándose el valor de lo robado en cuatro o cinco mil pesos.

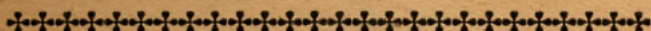
El oficial se mesaba los cabellos, estaba furioso.

—¿Y no presume usted, señor, quién sea el autor de este salteo?—preguntó al caballero despues de dos minutos de silencio.

—Nó, señor,—murmuró éste con profunda tristeza.

—Yo sí que lo sé, señor,—agregó el teniente,—el miserable que ha despojado su casa y se ha burlado ignominiosamente de la policia, y en particular de mí, que soy un bobo, puesto que, creyéndome en compañía de usted, he remolido con él una noche entera, es el bandido que se llama *Pancho Falcato*.





III

LA TRAMPA

Falcato estaba contento.

Una persona de su casa, mejor dicho, un miembro de la funenta asociación de que el fuere el alma, acababa de asegurarle que el señor U. había realizado un magnífico negocio.

Sin embargo, faltábale saber una que otra circunstancia que le era indispensable para madurar el plan que en el instante concibiera y que debía reportarle nada ménos que la traslación a su bolsillo de los centenares de onzas que no dudaba dormían tranquilas en las arcas del señor U.

Falcato era activo; jamás dejada para el siguiente lo que podía hacer en un día.

Así, convenientemente vestido y montado en el mejor de sus caballos, dirigióse resueltamente al fundo del señor U.

El señor U., caballero sexajenario, era no obstante todo un hombre, al decir de sus relaciones. Jefe de una numerosa familia, vivía con ella en una valiosa propiedad de la subdelegación de Ñuñoa.

En el momento que lo presentamos, contaba, con le

mas viva satisfacción las onzas que brillaban en monton enorme sobre una vetusta mesa.

De pronto una hermosísima niña penetró con ligereza en su habitación.

—Tatita, un caballero, a quien he rogado se desmonte, pues viene a caballo, busca a su merced.

—¿Le has preguntado su nombre?—interrogó el señor U., en el instante que cubria con un paño el metálico monumento y que miraba con ojos asustados en direccion de la puerta por donde la jóven acababa de llegar.

—Sí tatita, y ademas de darme su nombre me ha dicho que es un comerciante abajino que desea conferenciar con su merced.

El señor U. dejó su asiento, salió de la habitación y vió que un huaso, un si es no es elegante, se paseaba en los estensos corredores de su casa.

—¡Buenos dias, caballero!—dijo el señor U. yendo al encuentro del desconocido.

—Así se los dé Dios a usted, mi señor.

—Soy el dueño de casa, para servir a usted.

—Doi a usted un millon de gracias, mi señor.

—¿Con que usted es un comerciante abajino?

—En efecto, mi señor; tengo mi negocio en las provincias del norte.

—¿Y llega usted?..

—A proponerle la compra de sus engordas. Me han dicho que son hermosas y desearia nos arreglásemos para llevármelas.

—¡Ah, señor, ya no es tiempo!

—¿La razon, mi señor?

—Porque las he vendido y pronto saldrán de mi

hacienda.

—Lo siento, porque yo no habria trepidado en precio y habria arriado un buen número de cabezas.

—¡Qué hacer, pues! Vino un abastero a quien aprecio, don J. P., ¿lo conoce usted? vió el ganado, le gustó y todo fué concluido.

—Entónces, pido a usted mil perdones.

—No hai de qué, señor.

El huaso saludó, tomó su caballo y montó en él; pero al buscar la puerta de salida, otro huaso que a la sazón entraba, dirijiéndose a él:

—Pancho, ¿tú por acá?—le preguntó.

—Ya lo ves, mi antiguo compañero.

—Pero tu no pretenderás perjudicarme; El señor U. es mi protector. El, desde que me separé de tí, sin saber quién era, me ha favorecido, me ha formado. Hoi mismo terminamos un importante negocio.

—¡Holal! ¿con que tú eres el señor abastero de quien me ha hablado?

—Sí, soi abastero.

—Adios.

—Oyeme, Pancho. Te suplico no intentes nada contra el señor U. Tu presencia en esta casa me advierte...

—Te advierto que eres un necio. ¿Qué te importa a tí hombre que te apellidas honrado, que yo siga mi camino?

—Es que me opondré a todo intento de tu parte.

—No harás tal; que si te conviertes en un esto:bo para mí, tenentendido, sabré manifestar al público, y en especial al señor U., quien es el abastero don J. P.

—Eso nó, eso nó Pancho.

—¡Adios, entónces!

—¡Adios!

Y Falcato, que no era otro el supuesto comerciante abajino, en posesion de los detalles que necesitaba para arreglar el plan de un nuevo salteo, se retiraba del fundo del señor U., en el momento que la persona con quien acababa de hablar llegaba a presencia del hacendado y le decia;

—¿Sabe usted, señor U., quien es el hombre que ha visitado su casa?

—Un comerciante del norte, segun me ha dicho.

—Bonito comerciante, que se llama Pancho Falcato.

—¡Pancho Falcato!

—El mismo en cuerpo y alma.

—¡Con que ese es Falcato!

—No se asuste señor U. Bastará para que él nada intente contra sus intereses, que usted viva prevenido. Conozco a Falcato y sé que, aun cuando es astuto como pocos, es el hombre mas cobarde del mundo.

—¿Y cómo se atreve a saltear?

—Valiéndose de su astucia, como lo digo a usted: ese es su fuerte.

*

* *

Falcato tenia todo dispuesto para dar el golpe que habia premeditado.

Nada le importaba la amenaza del abastero J. P.; confiaba en los recursos de su infernal cabeza, y esto le bastaba.

Así, reunido con diez de sus mas espertos cuanto

valientes camaradas, les impartió las siguientes ordenes. Cuatro de los mas caracterizados por su arrojo e intelijencia, al mando de su teniente, el renombrado *Raleador*, debian presentarse en el fundo del señor U., introducirse hasta la morada del caballero y obligarlo por la razón o la fuerza a entregar el dinero de su caja.

En cuanto a él, como capitán de la partida, se guardaria para completar el triunfo, siempre que hubiera resistencia, o para proteger la retirada, en caso contrario.

Arregladas así las cosas, los bandidos se pusieron en marcha.

*

* *

Por su parte el señor U., despues de la advertencia de su amigo el abastero J. P., habia puesto en conocimiento del comandante de policia lo ocurrido con Falcato.

Desde luego uno y otro comprendieron que la visita del audaz bandido no tenía otro objeto, que el de imponerse personalmente del lugar elejido para ejercitar una vez mas su depravado instinto.

Era, pues, indispensable prevenirse por lo que pudiera suceder.

Conviene dijo el comandante de policia—que usted se haga acompañar de cuatro hombres del cuerpo de mi mando; y ademas que una patrulla bien montada recorra de vez en cuando los caminos inmediatos a su propiedad.

—Perfectamente, observó el señor U.;—pero aparte de esas seguridades, yo tambien haré de modo que, si el miserable llega a penetrar en mi casa, no pueda salir de ella.

—¿Que esta usted diciendo? Tal prodijio es imposible tratándose de Falcato.

—Allá lo veremos.

—Nunca lo veremos; usted no sabe qué cáscara es ese bandido.

—Sí que lo sé, comandante. Por eso voi a explicar a usted mi pensamiento. Mi escritorio consulta una situación especial, como usted sabe, y estoi bien seguro, que será el punto de mi casa que llamará la atención de los salteadores. Siendo esto así, hago cavar en el dintel de su única puerta un hoyo mas o menos profundo, sobre el cual coloco una tarima convenientemente asegurada en el pavimento, y usted verá cómo la astucia se vence con la astucia.

*

* *

La noche estaba nebulosa.

Todo yacia en el mayor silencio en las casas del fundo del señor U.

Empero, en una habitacion, en la que el caballero denominaba su escritorio, cinco hombres conversaban en voz baja. Uno de ellos era el señor U. los otros vestian el uniforme de la policia.

—¡Caramba, no venir nuestro bandido!—decia el hacendado

—Ojalá, patroncito, que tuviese tan peregrina ocurrencia. ¿Hasta cuando nos tiene aquí esperando pues? —observaba con impaciencia uno de los policiales.

—Que se nos deje caer cuando le plazca, que nuestro deber es aprontarle un buen recibimiento—añadia otro.

Otro iba a replicar, pero, en el momento que se disponia a hablar, un bullicioso ladrido de perros le

obligó a guardar silencio. Los animales parecían sostener un violento ataque, según lo demostraban sus ahullidos de dolor.

—Apagad la luz —dijo el señor U. a tiempo que salvaba la distancia que lo separaba de la puerta y alzaba una pesada tarima de madera que cubría una profunda cavidad.

—Que entren ahora, que entren —murmuró el dueño de la casa al oído de los policiales.

—¡Ah! entendémos; es una trampa!

Los perros habían dejado de ladrar.

—Atención, amigos, que ya llegan, —dijo el señor U.

—Sí, sí; estamos prontos.

En efecto, apenas los soldados habían pronunciado estas palabras, cuando la puerta crujió como cediendo a una fuerza poderosa, sus goznes se rompieron, su chapa saltó lejos, y, por el claro que dejó al abrirse cinco hombres se precipitaron en confuso grupo.

Oyéronse en seguida algunos lamentos y el choque de varios cuerpos que caían en la trampa; luego el golpe de la tarima que la cerraba herméticamente y por último, una sonora y prolongada carcajada.

—¡Como ratones! ¡como ratones! mis amigos, —exclamó lleno de alegría el hacendado dando con el pie sobre el punto en que se hallaban prisioneros los asaltantes.

—¡Qué bonita jugada! —dijeron los policiales.

—¡Hermosísima! —agregó el señor U. Y a propósito comerciante abajino —dijo inclinando sobre la trampa, —¿cómo va usted de negocios? ¿Parece que su idea de no fijarse en precios, que es como decir no fijarse en pelillos, me le ha salido mal, eh?

Nadie le respondió; pero en el instante que así se espresaba, sonaron algunos golpes en la puerta principal de las casas.

—Uno de ustedes, a ver quien golpea, talvez sea la patrulla—dijo el hacendado, designando a dos de los policiales.

Un soldado salió y volvió corriendo.

—Es la patrulla, patroncito, que pregunta «si hai novedad».

—Corra usted a decirle que no puede llegar mas a tiempo. Así ahorraremos una mala noche al abajino. Al cabo está mas seguro en poder del comandante. Qué placer no se va a llevar cuando se encuentre cara a cara con el miserable que tantos sinsabores lo ha hecho pasar

Y el caballero rió con entusiasmo.

*
* *

—Mi alferez, por aqui, por aqui,—decia el soldado guiando a la patrulla.

—¡Salud señor, oficial!—gritó el hacendado, al sentir los pasos de los que llegaban.—Por aquí, por ..

No acabó de repetir su invitacion.

Sintióse el correr de muchos hombres, e instantáneamente y sin que lo pudieran evitar el señor U. su escritorio se convirtió en un campo de Agramante... Sin embargo, no hubo que ver. Despues del sorpresivo ataque de los que llegaban, la lucha desigual, cuerpo a cuerpo, no podia durar. Los policiales habian rodado por el suelo y del mismo modo que el hacendado, se encontraron pronto con las manos y pies atados.

—Ni una palabra los vencidos—dijo una voz desde la puerta. Miéntras los nuestros no se presentan, su vida pende de un hilo. Vamos, señores

ajentes de la seguridad, decidnos donde se encuentran nuestros compañeros.

—Estamos aquí, —contestó una voz que parecia salir de la tierra.

—Venga luz,—dijo Falcato, quien, por su puesto era el capitán de los asaltantes.

En seguida se inclinó sobre la tarima, la alzó del mismo modo que un momento antes lo habia hecho el señor U., y salvó de su imprevisto encierro a sus infelices subalternos que, llenos de contusiones todos, apenas podian tenerse en pié.

—¡Cáspita con la broma!—esclamó Falcato, al contemplarlos en tan triste estado;—pero, ya buscaremos el desquite. Y bien: al hoyo con los señores militares. Arriba, Raleador.

La órden del jefe bandido se cumplió en el acto: los cuatro soldados maniatados como estaban fueron precipitados en la trampa.

—¿Y la tarima, mi capitán?—preguntó uno de los salteadores.

—A su lugar, pues, no hai remedio; gritó Falcato, y que la encerrona haga provecho a nuestros enemigos.

Y usted, señor U.—añadió acto continuo—¿tendrá ahora la amabilidad de entregarnos el dinero existente en caja?

—¡Dínerol

—¿Que no quiere usted entregarlo despues de tantos sacrificios? Bien: camaradas, rompan la caja y cuanto encuentren, que su trabajo será pagado por el dueño de casa.

—No hai necesidad de eso aqui está la llave;—balbuceó con tristeza el hacendado.

Falcato tomó la llave, abrió la caja y sacó una tras otra, unas cuantas talegas, que depositó en manos de sus subalternos.

—Ya esto es concluido,—dijo el capitán.— Ahora nos toca visitar la casa; arriba, pues, muchachos.

Los salteadores salieron llevándose al señor U., quien amarrado y temiendo por su vida, sentía temblar todo su cuerpo.

Un cuarto de hora despues, a la vez que se oia el llanto de varias mujeres, los salteadores principiaban a agruparse en torno de su jefe.

—Vamos andando, que el tiempo es oro,—dijo Falcato. Que las puertas queden bien cerradas. Y usted caballero U. sírvase acompañarme a su escritorio.

El infeliz viejo, mas muerto que vivo, obedeció silencioso y siguió al capitán que lo conducia tirándolo del cordel que aprisionaba sus manos.

Pronto estuvieron en la habitacion indicada por el bandido, y mientras uno escribia sobre una cuartilla de papel, el otro era arrojado a la trampa.

Una vez que Falcato hubo concluido de escribir.

—Raleador,—dijo.—véte al cuartel de policia y deja allí esta misiva que es importante.

*

* *

Al despuntar la aurora del dia próximo, un grueso piquete de policia, a cuya cabeza iba el comandante mismo, llegaba a revienta cincha al fondo del señor U.

—¡Bribón! al cabo te habia de echar el guante—decia el jefe, descendiendo precipitadamente de su caballo.

Y con la sonrisa en los labios se le vió dirijirse en direccíon del escritorio del hacendado.

—¡Pero; qué es esto!—esclamó de improviso;—¿donde está la jente de esta casa?

—Aquí estamos—dijo una voz desde el interior de la trampa.

El jefe al escuchar estas palabras, recordó al instante la conversacion con el señor U. se avalanzó sobre la tarima, la levantó con presteza y al fijar su vista en el agujero que se abria a sus pies. una exclamacion de sorpresa se arrancó de sus labios

—Señor U.—preguntó estupefacto, ¿qué diablos está usted haciendo metido en esta cueva?



—Ha llegado, amigos, el momento de obrar,—les dijo.

—Vamos, Chupachupa, tú que eres el mas débil, hazte el muerto, y vosotros apresuraos a formar la camilla y cargarlo. No hai tiempo que perder.

Segundos despues, cuatro de los salteadores llevaban al nombrado Chupachupa sobre una especie de parihuela que habian improvisado con ramas de los arboles que se alzaban a ambos lados del camino.

Falcato, por su parte con una mecha encendida y un pedazo de papel, herramientas de su oficio, habia arreglado un farolillo y servia de guia a los demas.

Todo aquello se habia hecho en menos tiempo del que empleamos en referirlo.

Y al proceder con la prontitud y destreza del bandolero, aquellos hombres no dejaban de tener razon: pues su jefe, al prevenirles que les habia llegado una hora de prueba no se habia equivocado, toda vez que esa hora se anunciaba con la presencia de un grueso piquete que al mando de un oficial, galopaba en direccion contraria de la que ellos seguian.

En efecto: el oficial llegando hasta nuestros hombres, con la arrogancia que imprime el auxilio de la fuerza se apresuró a preguntarles:

—¿Quiénes sois; ¿a dónde marchais?

—¡Ai, señor, mi amito: no nos mate—baluceó Falcato, en el tono conmovedor que cuando le acomodaba sabia dar a sus palabras.

—No se asusten ustedes,—repuso el oficial—Somos agentes de la seguridad y solo queremos que nos digan si han visto algo en el camino que han recorrido.

—Nada hemos visto, mi amito. Eso si que enfrentando a Pan de Azúcar, porque nosotros hemos ve-

nido por el callejon de abajo, sentimos un ruido muy extraño.

—¿Y qué es lo que conducen ustedes?—interrogó un sarjento, aproximándose a examinar el bulto que descansaba en la parihuela.

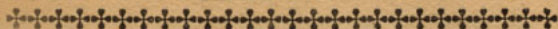
—Es un pobrecito, señor,—contestó Falcato,—que murió ayer del sarampion-

—¡Del sarampion! esclamaron sorprendidos los soldados.

—¡Badulaquel!—murmuró el oficial,—y no nos habias advertido esa circunstancia...

Y, muertos de miedo, oficial, sarjento y tropa, por haberse encontrado frente a frente de una de las tantas víctimas que entónces hacia aquella terrible peste picaron sus caballos y pronto se perdieron de vista.



**SOLDADOS DE PALO.**

Francamente, estamos de mala,—decía hablando consigo mismo el tristemente célebre Falcato:—«si mi estrella no se ha apagado del todo, ha perdido, no me cabe duda, mas de uno de sus siempre relucientes picos. Què hemos de hacer. Me faltan mis mejores niños, que hoi por hoi, se encuentran en poder de la justicia, en cuyas férreas garras tambien estaria yo, a no ser... por el oficialito del sarampion! Pero estamos sobre el macho y debemos domarlo».

Concluido su soliloquio, el astuto bandido, que a la razon se veia sin recursos, daba y cavilaba por hallar un espediente que le reportase dinero.

Cansado al fin de calentarse inútilmente la cabeza, abrió una antiquísima petaca y sacó de entre muchos cachivaches que allí habian, una peluca, una barba y un sombrero; todo lo cual se colocó lo mejor que pudo. En seguida salió a la calle.

No tenía idea fija, y sin saber por qué hechóse a andar en direccion a la Plaza de Armas.

Llegado allí, buscóse un asiento, que luego encontró en un sofá de piedra.

Dos horas largas hacia que Falcato pensaba en su triste suerte. Su amigo Corrotea,—hermano del audaz bandido muerto en la sublevacion de reos ocu-

rrida en las faenas del camino de Valparaíso,—entre palabra y palabra le habia hecho comprender que en la noche próxima se remitirían cuatro o cinco mil pesos a Casablanca.

Si él pudiera apoderarse de esa suma, cuán feliz no se vería.

¡Pero, cómo realizar tan peligroso negocio.

Hè ahí el problema que el capitán Falcato se empeñaba en resolver en su exitado imaginación cuando acertó a pasar, junto al lugar en que se hallaba, un pobre huaso, que montado sobre una mula, conducía del ronzal otras dos cubiertas de nuevos y cómodos aparejos.

El bandido se quedó contemplando a aquel hombre, que al pausado andar de su cabalgadura, llegaba y desmontaba frente al edificio de la Intendencia.

Falcato dió un brinco. Era que la ocasión de ejercitar su refinada astucia se le presentaba.

Abandonó el sofá y, como si fuera un antiguo conocido del infeliz campesino, corrió hácia él con los brazos abiertos.

—¡Oh, mi querido Antonio!—le dijo;—cómo estás hijo ¿cómo lo pasa la señá Manuelita?

—Yo, mi señor, no conozco a su merced,—respondió con timidez el huaso,—que, por supuesto, no se llamaba Antonio, ni tampoco sabía quién fuera la señá Manuelita que le nombraban.

—¡Ah, mi amigo! tiene usted mucha razón; usted no es mi Antonio. Me habia engañado; mas perdóneme usted.

—No hai de qué, pues, su merced.

—Cómo que no, mi amigo. Le he echo pasar un mal rato con mi equivocación; talvez usted vendrá a despachar algun asunto urjente.

Nada de eso, su merced; vengo sólo a cargar unos bultitos que debo llevar a Melipilla, de donde soi.

Falcato iba a replicar; pero en el mismo instante un caballero llamó al campesino y hubo de desistir de su propósito, conformándose con alejarse después de hacer una comedida reverencia.

*

Media hora después el melipillano, que habia arreglado sobre sus mulas tres gruesos paquetes, conteniendo fusiles y uniformes de soldados, seguia tranquilamente por la calle de la Catedral.

Al doblar una esquina se le presentó Falcato.

—¡Hola, mi amigo!—esclamó éste; — que casualidad... Vea usted, quién lo creyera, venia pensando en usted. Le oí no ha mucho decir que era de Melipilla: sí, eso es, y como yo tengo a mi esposa restableciéndose en aquella ciudad... Ah, si usted fuese tan amable que me hiciera el favor de llevarle una encomiendita, cuánto no le agradeciera.

—Si no es mas que eso, su merced, respondió el campesino, no tengo inconveniente de hacer lo que usted me mande.

Entonces no hablemos mas. Agradezco a usted de antemano el gran servicio que me va a hacer. Ahora vamos a casa; ya trataré de corresponderle.

El infeliz huaso se dejó guiar.

Falcato vivía en los estramuros de la población y allí lo siguió aquella nueva víctima de su astucia.

De pronto se detuvo, abrió con presteza la puerta de una pequeña casa y se volvió a su acompañante. —Desmóntese, mi amigo, le dijo: será solo un momento el que usted perderá por servir me.

El huaso no se hizo repetir la invitación; descendió de su mula y en pos de su desconocido entró en un cuartucho decentemente amoblado.

—Aguarde usted aquí, le observó Falcato, que siguió adelante y penetró en otra habitación.

Trascurrieron cinco minutos.

Luego un cierra puertas jeneral y unos cuantos ayes de dolor, anunciaron que algo extraordinario acontecía en aquella casa.

*

—Todo está arreglado mi capitán. No parecen sino una apuesta mitad de granaderos. Mire usted, convéngase y dígame: ¿lo harían mejor los calabreses de antaño?

Y Chupachupa, o sea el asistente obligado de Falcato, al espresarse así, señalaba a su jefe unos cuantos soldados que, enhiestos y con las manos en actitud de apuntar, formaban una larga fila en un recodo del camino de Valparaíso.

Eran las once de la noche y la obscuridad no permitía distinguir un objeto a más de ocho pasos.

Los bandidos estaban impacientes.

Por fin, sintióse un ruido lejano; era el que producían las ruedas de un birlocho, que no tardó en llegar al punto en que Falcato y Chupachupa se encontraban.

—¡Alto los del birlocho! gritó Falcato con todas las fuerzas de sus pulmones, al mismo tiempo que apoyaba sus palabras con un tiro de pistola disparado al aire.

—¿Quién es el insolente que así se atreve a detenernos?—preguntó un oficial, alzándose arrogante en el interior del carruaje.

—Un militar de mas galones que el que habla. Sí, señor! Yo el capitan X... que estaba de guarnicion en las faenas de Casablanca; que no acepto así no mas que se nos abandone y me he sublevado con mi tropa. Vedla ahí dispuesta a fusilaros a una señal mia si no entregais buenamente el dinero que conducis.

—;Pero esto es inaudito!—objetó el oficial, quien al ver la numerosa fila de soldados, pensaba que si no obedecía al capitan X... sería irremisiblemente asesinado.

—Y bien, caballero; volvió a decir Falcato, andad con tiento y de prisa; dadnos acá el dinero si queris conservar vuestro pellejo.

El oficial, confundido en sumo grado, pues creía oír de un momento a otro las detonaciones de los fusiles que le apuntaban, buscó silencioso un talego que ocultaba en el birlocho y lo arrojó al bandido.

—Ahora podeis ir a contar al Gobierno cómo la tropa sabe hacerse justicia por sí misma. ¡Adios, caballero.

El oficial no esperó mas.

Una hora despues entraba a su cuartel y con frases incoherentes refería a su jefe lo que le habia sucedido.

El hecho no tenia precedente. Una sublevacion como la denunciada no habia ocurrido despues de la independencía. Así, el comandante de policia, sin preocuparse de recabar la autorizacion competente, dispuso, *ipsò facto*, que un escuadron montado de la fuerza de su mando se trasladase al lugar del suceso y, sin consideracion de ningun jénero, aprehendiese a la tropa descarriada.

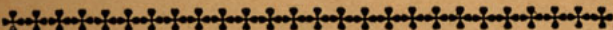
*

Llegó el día siguiente.

Los policiales estaban de vuelta, y en lugar de prisioneros, su jefe recibía la fatal noticia de una nueva burla del endemoniado Falcato. Porque los soldados que tanto terror habían infundido al oficial del birlocho, no eran sino... soldados de palo

Por manera que se convino dejar en el misterio tan ridículo acontecimiento.





VI

LA COARTADA

Raleador, que en persona era ídem por ídem con Falcato, casi su homónimo, siguiendo las instrucciones de su capitán, se hallaba desde cinco meses en la ciudad de Talca.

Habia llegado allí diciendo ser Francisco Rojas Falcato y que se ocuparía en la compra de cereales.

Aun cuando estaba muy lejos de poseer la astucia de su jefe, no le faltó la necesaria para hacerse conocer del intendente, del juez letrado y de la junte principal del pueblo.

Día a día se le veía acá y allá, y con este motivo los que lo trataron no podían menos que celebrar las historietas que respecto de Falcato contaban a menudo los diarios de la capital.

*

Un día Raleador se presentó al intendente.

—Su señoría—le dijo,—ya no es vida la que paso. Los señores de Santiago no contentos con desacreditarme con invenciones de mala lei, piden ahora se ponga a precio mi cabeza. Así, señor, no estra-

ñe usted que me atreva a molestarlo. Ya no quiero sufrir mas. Hoi mismo me largo al norte. Necesito confundir a todos los que se han declarado enemigos de mi reputacion. Pero he pensado que antes de partir me convenia rogar a su señoría se dignase darme un certificadito, en que se espresase lo que ha sido Francisco Rojas Falcato, hombre honrado y trabajador, durante el largo tiempo que ha permanecido a ochenta leguas en que se le supone capitaneando una cuadrilla de bandoleros.

—No tengo inconveniente, contestó el funcionario.

Un momento despues entregaba a Raleador el documento que éste acababa de pedirle.

Pero el aventajado discipulo de Falcato necesitaba algo mas para cumplir las órdenes de su jefe; era indispensable que el juez de Talca subscribiese a su vez otro certificado; y esto fué lo que esperaba conseguir dirijiéndose a casa del majistrado.

En la mañana siguiente Raleador, o sea el segundo de Falcato, emprendía el camino de la capital.

*

En un miserable rancho situado en los arrabales de Santiago, dos hombres departian amigablemente. Eran Falcato y Raleador, que despues de contarse mutuamente sus aventuras se echaban a reir, en fuerza quizá del recuerdo de sus mismas fechorias.

—Con que, amiguito, —decia Falcato—el caso es critico, no hay que equivocarse; que si la consigna se olvida...

—Cuénte usted, mi querido Pancho, con que sabré desempeñar mi cometido, reemplazándolo de modo que ni el mismo Satanás conozca el engaño.

Poco despues se separaban, tomando cada uno por distinto camino.

El juez del crimen, señor M. y el comandante de policía señor R., conferenciaban en el despacho del primero.

Se habian reunido con el objeto de arbitrar de consuno algunas medidas contra el bandalismo que se ha dicho parecia tomar mayor incremento cada dia.

Ambos a dos discurrían sobre un mismo tema sin entenderse.

El uno proponía, a la vez que el otro replicaba sin oír. De manera que el debate iba paulatinamente alcanzando cierto grado de tirantez, que a no ser por la presencia del portero del juzgado, que a la sazón pedía permiso para entrar, habria terminado en un serio rompimiento de aquellas autoridades.

Pero el señor M. cuya intelijencia ha sido por todos reconocida era hombre que sabia amoldarse a todas las situaciones, Así, descendiendo del tono elevado que poco antes alcanzaran sus palabras y con la amabilidad propia de su caracter, interrogó a su servidor sobre el motivo de su demanda.

—Hai afuera, señor, un paisano que acaba de llegar a caballo, se apresuró a decir el portero que pide audiencia a su señoría.

—Digale usted que aguarde, contestó el juez.

El veterano jiró, como que era un veterano de la independencia, y salió.

*

El paisano de la audiencia, despues de haber permanecido tres o cuatro horas, sin articular una sola frase, sentado en el dintel de la puerta del juzgado en cuyo lugar tambien se hallaba ademas del portero, un sargento de policía, se levantó con indolen-

cia, aseguró con una manea su caballo y como hablando consigo mismo: «vamos a comprar cigarrillos», dijo.

El portero y el sarjento, aburridos, como era natural, a consecuencia del recargo de servicio que se les imponía, apenas si tuvieron ojos para verlo alejarse y volver en seguida a ocupar su mismo asiento.

Sonó un campanillazo. Era el juez que llamaba.

El portero entró al despacho.

Haced venir ese paisano, le observó el majistrado.

Un minuto despues, Pancho Falcato se encontraba frente a frente del que fué su mas tremendo enemigo, don M. M.

—Soy Francisco Rojas, mis señores, se apresuró a decir el bandido, en cuanto se vió en presencia de las dos autoridades a quienes mas debía temer.

Al escuchar estas palabras, pronunciadas exabrupto por el mismo tremendo salteador a quien trataban de aprehender, el juez del crimen y el comandante de policia se estremecieron como atacados por una comocion galvánica.

—¿Y a que ha venido usted aquí interrogó el primero, un tanto repuesto de la terrible sorpresa que acababa de experimentar.

—A vindicarme su señoria a vindicarme.

—¿Y que vindicacion admite tu conducta infame? preguntó con impetuosidad el señor R.

—Esta, esta, mi señor! Y al contestar de este modo, el bandido alargaba al juez los certificados que Raleador le habia traído del sur.

Aquellos documentos no podian hablar mejor de Falcato. Tanto el juez como el intendente de Talca aseguraban que en los cinco o seis meses que habia permanecido en aquella ciudad, se habia manifestado como un hombre tranquilo honrado y trabajador.

—¡Y esto es cierto! exclamó el juez despues que hubo leído uno y otro certificado.

—Si su señoría duda, nada mas fácil que preguntar a las honorables personas que abonan mi conducta, si es o no efectivo lo que dicen bajo su firma.

El juez se quedó pensativo.

En seguida habló con el jefe de policia algunas palabras que Falcato no pudo oír

—Está bien, señor Rojas, dijo despues: oficiaremos a las autoridades de Talca; pero entre tanto, usted vivirá en el cuartel de policia.

*

—Mientras Raleador representaba a Falcato aguardando pacientemente una audiencia en la puerta del juzgado del crimen, lo que, como habrá comprendido el lector, importaba la preparacion de una coartada para su astuto capitán; éste, a la cabeza de diez de sus niños, se anunciaba con su propio nombre al señor A., rico vecino del barrio que hoy se llama de la Providencia, a fin de infundirle el terror de que habia menester para despojarlo mas fácilmente, concluía por saltarlo y maltratarlo del modo mas descarado.

Este nuevo crimen perpetrado en las primeras horas de la noche, en medio de un numeroso vecindario que no se atrevió a impedirlo, produjo, como es de suponer, una gran alarma en la ciudad.

*

Ocho días habian trascurrido.

El juez del crimen acababa de recibir en su despacho al señor A., víctima que fuera del último atentado cometido en Santiago.

Luego llegaba Pancho Falcato.

Entonces el juez, que parecía estar en extremo preocupado, dirigiéndose al señor A., le preguntó:

—¿Es este el hombre de que usted me hablaba?

—El mismo, el mismo, señor juez, contestó el caballero, al mismo tiempo que enviaba al bandido una mirada de odio.

—Pues, señor A., repuso el majistrado, usted sufre una grave equivocación porque Francisco Rojas Falcato, a quien acusa, ha estado conmigo en el día y hora de su salteo.

—Señor juez...

—Si, señor A., ha sucedido lo que le manifiesto

Y el juez que quería concluir con aquella cuestión que principiaba a parecerle enojosa, volvióse al capitán de bandidos y le dijo:

—Puede usted retirarse señor Rojas; siga usted siendo lo que siempre ha sido y riase de los calumniadores.

Falcato hizo una gran reverencia; dió las gracias al señor M. del modo mas cortez y compungido y abandonó el tribunal.





VII

EL RAPTO

Después de una vida relativamente pacífica seguida en fuerza de la situación por demás crítica le crearan sus continuos desmanes, Pancho Falcato buscó una noche la puerta de la calle y se fué a discurrir por esos mundos de Dios.

«Donde fuego ha habido, ceniza queda» dice el adagio, y nuestro hombre, sin saber por qué, a medida que corría calles, iba sintiendo así como una necesidad de ser, por otra vez, el protagonista de alguna aventura.

Y como está escrito que «jenio y figura hasta la sepultura», el astuto bandolero, al doblar una esquina, olvidóse completamente de la vijilancia que sobre su persona se ejercía, era que había visto un hombre que, caballero en un hermoso alazan, roncaba como si durmiese en un colchon de plumas.

Falcato se detuvo. «Antes de proceder, principia por comprender», se dijo, y merced a esta circunstancia pudo oír una voz que desde un balcon no distante llamaba con insistencia.

El bandido no necesitó saber más para convencerse de que sin buscarla se le presentaba la ocasión de

acometer quizás un buen negocio. Así se apresuró a contestar:

—Voi, voi al instante.

Pero, recapacitando sobre lo que le convenia hacer en caso tan escepcional, notó que el jinete llevaba una escala de cuerdas en el arzon de su silla. Este oportuno descubrimiento le proporcionó el busilis de lo que hasta entonces le faltaba por descifrar. Acto continuo sacó un frasquito, lo destapó con cuidado y empinandose cuanto pudo, lo llevó hasta tocar las narices del dormilon. Luego tomando a éste en sus brazos con la mayor facilidad lo desprendió de la silla y lo colocó sobre una enorme piedra que se hallaba a su alcance. En seguida, jinete en el caballo que la suerte le deparaba, se dirigió al pié del balcon, del cual estaba seguro habia partido la voz.

* * *

Falcato estaba impaciente; tentaciones le venian de largarse con el caballo; pero como buen caballero de industria que era, se ruborizaba con el robo al por menor.

De súbito una mujer esbelta y jóven, a juzgar por el timbre arjentino de la voz que Falcato habia oido, llegando hasta apoyarse en la baranda del balcon, se inclinó hacia el y con la mayor precaución le alargó una cuerda.

El baidido se avalanzó a cojerla, y, como si presintiese lo que debia hacer, se apresuró a unirla con la escalera.

En aquél instante pisaba sobre áscuas.

La desconócida levantó la escala, la afirmó en uno de los barrotes del balcon, bajó por ella con lijereza sin preocuparse del peligro que corría y, como aver-

gonzada de su proceder, se precipitó en los brazos de Falcato.

—¡Ah, hombre picaro!—murmuró—si no correspondes este inmenso sacrificio..

Falcato no contestó. Se hallaba confundido; jamás se había encontrado en apuros semejantes, ni tampoco había sentido latir su corazón con más violencia.

*

* *

Gracias a la impenetrable oscuridad de la noche, el audaz capitán de bandoleros pudo, sin ser reconocido alzar a la joven sobre la grupa del caballo y colocarse él mismo en el lugar que de hecho creyó corresponderle.

*

* *

El caballo corría y corría como si sobre sus lomos no gravitase peso alguno.

La desconocida lloraba sin consuelo.

Falcato, al contrario, se hallaba contentísimo. Su único deseo del momento era salir cuanto antes de la población.

Pero cuando menos lo esperaba, la imponente figura de un sereno se atravesó en su camino.

—¡Alto ahí el de a caballo!—dijo con arrogancia el agente de policía, al mismo tiempo que se apoderaba de las bridas del animal.

Falcato no se desconcertó absolutamente y respondió con prontitud:

—No me detenga mi amigo, mire que mi mujer se encuentra en grandes apuros, y esta señora que me acompaña es...

—¿La partera? interrumpió el sereno

*

*

*

La desconocida, a consecuencia del constante galope del caballo, se hallaba completamente rendida; pero, mas que rendida, se hallaba sobresaltada, porque con motivo del incidente del sereno, habia comprendido que su conductor era un extraño para ella.

Así para salir de la incertidumbre consiguiente a su situación, por demas critica a su juicio, con acento vacilante preguntó:

—¿Acaso Ud. me conduce por encargo de otro?

Falcato se atrevió a responder:

—Si le he de decir verdad, señorita, yo obro en este momento por mi propia cuenta.

La joven se estremeció.

—¿Entonces como es que Ud. se encontraba en el lugar que debia ocupar otra persona?

—La casualidad, señorita, lo ha hecho todo. Mas no tenga Ud. cuidado.

—¿Y a donde me lleva Ud.?

—¿A donde? no lo sé; talvez a cualquier parte

La joven no replicó. Concretóse a guardar silencio y a meditar sobre su situacion.

Despues, como obedeciendo a una inspiracion salvadora:

¡Sea lo que Dios quiera!—dijo;—con todo me conformo a trueque de no permanecer uu segundo mas en mi casa.

—Pienso lo mismo, agregó Falcato, que al oír expresarse a su desconocida sentia una alegria infinita, porque habia concebido una esperanza.

—Pero...

—Si, señorita; yo aplaudo su resolución, y en prueba de ello, desde ya me le ofresco como su mas rendido y afectuoso servidor.

—Gracias, señor, balbuceó la jóven, finjiendo que aceptaba el significado de las palabras que acababa de dirigirle su interlocutor,

*

* * *

Los prófugos se encontraban a inmediaciones de un ancho y profundo cauce, quo es mui posible fuese el del rio Mapocho.

El caballo se habia encabritado y permanecia inmóvil, resistiendo tenazmente al látigo que, para obligarlo a avanzar, le menudeaba su conductor.

Ante este imprevisto incidente, la desconocida, que solo pensaba llamar en su auxilio a todos los santos de su devoción, creyó que echando mano de un subterfujio talvez podria salvarse. Al efecto, abrazándose de improviso de su raptor, comenzo a dar desaforados gritos y a decir que un terrible histérico le habia acometido,

—¿Qué tiene señorita, por Dios? le pregunto Falcato lleno de temor y sobresalto.

—Me muero...me muero...agua...agua...

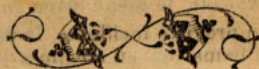
El bandido se precipitó del caballo en busca de agua que se le pedia y que a mui corta distancia veia correr límpida y abundante,

Pero apenas se habia alejado unos cuantos pasos, vió con gran asombro que la que ya podia llamar su dama, aprovechaba su ausencia huyendo en el alazan con una velocidad vertiginosa.

—¡Señorita! ¡señorita! deténgase, detengase, gritó furioso al comprender que se le escapaba su presa.

—¡Adios, ladron miserable! dijo por toda respuesta la jóven.

—Adios, grandísima... señora! contestó el bandido arrancándose a dos manos los cabellos.





VIII

EL DESAFIO

«Yo no he sido sanguinario, señores,» decía Falcato en circunstancias que cumplía su cuarta condena en nuestra Penitenciaría. Es cierto que en mis mocedades fui un poco vivo, y todo cuanto se diga que entonces hice, es posible que lo hiciera; porque, en verdad, no trabajé en muchos años y como un príncipe viví. Pero le repito, con excepción de una puñalada que regalé a un traidor, jamás por jamás mis manos se tñieron con la sangre del prójimo. Y si alguna vez resultó, como consecuencia de mis hechos, una muerte o una herida, no fué nó por culpa mia, porque siempre traté de contener las demasias de mis niños.

Y como alguien le interrogase sobre si en alguno de sus asaltos había faltado al bello sexo, no trepidó en contestar:

—¡Nunca, nunca! Mi único delito a este respecto, consiste apenas en un beso que por humorada nos dimos con una rubia hermosísima. Voi a contaros la historia de ese beso.

Pero, interrumpamos a Falcato y, en obsequio del amable lector, compendemos su relato.

*
* *

El comandante de policía de Valparaíso, por incógnita, había dicho que, llegado el caso, no se dejaría embucar por el astuto bandido, como era fama que lo hacía su colega de Santiago.

Una mañana aquel jefe recibió como respuesta a su jactancia, la siguiente carta:

«Señor Comandante:

No sea usted tan autorizado. ¿Que daño ha podido hacerle el que subscribe para que tanto desee conocerlo? Pues, vamos al grano: en dos días más estará en sus pertenencias, y hasta le hago saber que irá por unos realitos que me guarda mister R., que como usted sabe, vive en el Alto del Puerto.

Impídalo si puede.

Su servidor Q. B. S. M.—Francisco Rojas Falcato

Los elementos hacían de las suyas y a las siete de la noche el trueno y el relámpago se alternaban imponentes en medio de una lluvia torrencial.

Sin embargo, cuando todo el mundo debía ocultarse en el rincón de su casa, un hombre convenientemente montado al través de la consiguiente oscuridad, arreaba una mula que, cargando un enorme almofrej, resbalaba aquí y allá sobre el charco que había formado la lluvia.

Aquel hombre que era un anciano de luenga y espesa barba, llegó y golpeó con fuerza en la puerta principal de la casa-quinta del mencionado mister R.

Mister R. era un comerciante en vinos, avecindado desde hacia muchos años en Valparaiso Casado en Chile, vivía con su esposa y cuatro hijas, A., B., C. y D., en su propiedad que, como se ha dicho, estaba ubicada en el Alto del Puerto.

En la noche a que hacemos referencia, mister R. se hallaba reclinado sobre el alfeizar de una ventana poniendo oído atento al tremendo rujir de las olas, que parecían anunciar un próximo desbordamiento del mar.

Mister R. había visto que un desconocido llegaba a su casa.

—Vé a abrir, Martina, dijo a una sirvienta; es un infeliz que creo nos demanda alojamiento.

Martina salió a cumplir las órdenes de su patron y pronto tornó diciendo que un pobre anciano, transido por el frio y por la lluvia, pedia por amor de Dios hospedaje por aquella noche.

—Se lo daremos y con mucho gusto, observó mister R. Anda Martina y acomódale del mejor modo posible.

Martina, a fuer de hacendosa y diligente, arregló así el alojamiento del anciano:

—Usted dormirá en el corredor, le dijo, su almofrej, que por las flores que veo al traves de mallas, debe encerrar todo un jardin, será bueno que quede en el pasadizo; en cuanto a los animales, usted mismo los conducirá al pesebre.

La casa de mister R. formando un ángulo recto, se componía del dormitorio del caballero, sala de recibio y comedor, en un costado, y de un pasadizo y habitaciones del resto de la familia, en el otro.

—¡Señorita, decía Martina, si son flores mui lindas!

—¿Cómo le robáramos unas patillitas?

—Del modo mas sencillo: trasportamos a esta pieza el almofrej, lo abrimos y escojemos a nuestro gusto y sabor.

—¡Magnífico!

—Manos a la obra.

—¿Y no nos sentirá el viejecito?

—Qué ha de sentirnos, si duerme como un lirón.

—Vamos pues.

Y Martina, que era la antora del proyectado robo de las flores, seguida de las cuatro hijas de mister R entraba de puntillas en el pasadizo, asia con su ayuda del almofrej y silenciosamente lo conducía al dormitorio de las jóvenes.

Una vez allí, la sirvienta se dispuso a realizar, lo que todas, no obstante calificaban de robo, se empeñaban en despachar cuanto ántes.

Al fin se abrió el almofrej, y ¡caso singular! de entre las vistosas y perfumadas flores alzóse terrible como la sombra de Baco la figura de un hombre.

Sintióse un grito comprimido; despues todo quedó en el mas profundo silencio: un desmayo jeneral habia sucedido a la aparición.

Falcato, que no era otro el hombre del almofrej, aprovechó la situación, corriendo a abrir una puerta.

—¡Raleador, Raleador! dijo, aquí, aquí.

El anciano del alojamiento se le presentó.

—La cosa es hecha, murmuró Falcato, entra hombre, entra.

Las jóvenes R. cuyo desmayo había pasado, se hallaban en presencia de dos bandidos: tales les parecieron Falcato y Raleador; y ellas, poseídas de un terror pánico, al contemplarlos imponentes y amenazadores, armados cada cual de ancho y afilado puñal, como inspiradas de un mismo pensamiento, cayeron llorosas a sus piés:

—¡No nos maten, señores! exclamaron.

—¿Matarlas? dijo Falcato: ¡quién ha pensado en tal cosa! No, hermosas niñas, no se asusten ustedes. Nosotros solo queremos ser amigos de ustedes. ¿No es verdad que ustedes serán nuestras amigas?

—Sí, señor...

—Como nó, señor...

—Y bien, sellaremos nuestra amistad con un trago. Vamos, chica; si quieres que no se haga mal a nadie, procura traernos un par de botellas.

Martina, a quien se dirigiera Falcato, salió en busca de lo que se le pedía.

—No hagas ruido. — dijo A., que era la mayor de las jóvenes R.

—Sí, eso es, — agregó Falcato; — no hagas ruido, porque si no...

Martina no demoró un minuto y tornó con botellas y copas

—¡Caramba! este vinillo es excelente, Raleador; destapa y sirvenos.

En un instante las copas estuvieron llenas.

—Antes de beber, mis dulcísimas amigas, preciso es que exija un sacrificio de ustedes—dijo Falcato.— Yo he venido espresamente de Santiago: no a maltratar a nadie; solo sí para probar al comandante de policía de Valparaiso, que Falcato...

—¿Usted es Falcato? preguntaron aterrorizadas las jóvenes.

—El mismo en cuerpo y alma y .. como iba diciendo: no se asusten ustedes, pues yo he venido a esta casa únicamente a probar a la policía de Valparaiso que no la temo. ¿Pero qué ruido es ese?... Asómate, Raleador a la ventana

—Es un grupo de jinetes que llega, dijo Raleador, después que se hubo impuesto de lo que sucedía en la calle.

Falcato empuñó su arma.

—Son policiales, señor,—dijo A., con mal encubierta alegría.

—Si entran hasta aquí encontrarán algunos cadáveres.—observó sentenciosamente el bandido.

—No entrarán, no entrarán,— se apresuró a decir Martina.

Pero el capitán bandolero no escuchó las palabras de la criada.

—Vea, señorita,—dijo a B., — tome usted su copa, abra la ventana y salude a la tropa. Hágale saber que en su casa no hai novedad y brinde por el jefe de policía de Valparaiso. Cuidadito con decir mas ni menos, porque el puñal de Pancho Falcato sabrá encontrar un lugar para esconderse...

La jóven, mas muerta que viva, se dirijió a la ventana, la abrió con mano trémula, y alzando un tanto la voz dijo:

—Buenas noches, señores policiales de Valparaiso. En casa no hai novedad... Estamos mui agradecidos de ustedes... Y en prueba de ello, voi a beber esta copa por su distinguido jefe.

Los soldados aplaudieron

La jóven se mantuvo en la ventana.

—Ahora déle las buenas noches y cierre,— dijo Falcato.

—¡Buenas noches, señores! repitió maquinalmente.

—Muy bien, muy bien. Usted es una linda señorita. Y si no fuera... si no fuera porque a toda costa debemos reembolsarnos del viajecito... no exigiría...

—¿Que dice usted, señor?—interrumpió A., que así como de más edad, era también más animosa que sus hermanas.

—Perdóneme, señorita. Lo que digo y no quisiera decir, es que sería conveniente que usted se tomara la molestia de darnos algunos realitos de los que su papá tiene por ahí guardados.

A. se dispuso a salir.

—¿Va usted, señorita?

—Sí, señor.

—Tenga cuidado de no hacer ruido; porque me pondría en serios compromisos, de los cuales, muy a mi pesar, tendría que salir con la punta de mi puñal.

Falcato, después de recibir un saco con oro y plata de manos de A., mostrándose el agradecido, dijo:

—Vaya con Dios: con mucho sentimiento voy a retirarme. El dinero que llevo, si mi suerte lo permite lo devolveré como si lo hubiese recibido en préstamo. Ahora solo me resta despedirme de ustedes, mis lindas niñas.

Y las jóvenes, aunque asustadas en grado superlativo, cediendo a fuerza mayor, hubieron de aceptar la mano que el bandido les tendía.

—Raleador, dijo Falcato, mira por la ventana y si no descubres a la señora policía, ve sin tardanza en busca de nuestras cabalgaduras.

Y entretanto el teniente cumplía las órdenes del capitán, éste, con la sonrisa en los labios, envolvía con sus brazos el fino talle de la joven D.

—¿Quiere usted, señorita hacerme un último favor—
—la preguntó.

—Quién sabe...

—No es de gran entidad lo que voi a pedirle; así no
tema usted.

—Diga, pues, señor.

—Deme usted un beso, y parto.

La jóven apenas respiraba; miró a sus hermanas como consultándolas sobre [que debía hacer, y luego sin saber por qué, como impulsada por un poder extraño, con la vista titilante y roja cual la grana sus mejillas, llegó hasta Falcato; lo contemplo con suprema angustia y, como consumación de tan inmenso sacrificio se oyó un sonoro y prolongado beso.

Gracias al conocimiento que tenia del terreno que pisaban, Falcato y su compañero, pudieron regresar a Santiago sin que nadie los molestara.

Falcato entraba solo a la ciudad, Raleador se habia separado en el camino, y mientras en Valparaiso habia gran bullanga con motivo de su visita a Mr. R., él, a paso corto de su caballo y arriando impávido su mula, marchaba a media noche por la calle San Diego. Al llegar al canal de San Miguel, sin saber como, se vió acompañado de un cabo de serenos; quien, a poco andar le ordenó detenerse.

—¿A donde se di.ije, mi amigo?—interrogó el cabo.

—Voi, mi señor, a recojer una carguita.

—¿A estas horas?

—Ya lo vé, pues, mi señor.

—Es que iba, pero ya no va por la carguita,

—¿No sé por qué, mi señor?

—Porque yo quiero ahorrarle ese trabajo, alojándolo en la policía.

—Pero, señor cabo, si mi patron es don N. N.

—No dudo que lo será; sin embargo...

—Permítame ir en su busca para que hable por mí.

El cabo reflexionó un momento.

—Lárguese usted solo,—dijo;—Yo le cuidaré la mula mientras vuelve.

Falcato tomó su caballo y emprendió las de Villadiego.

Y el cabo de sereno, a quien Falcato no supo engañar como quisiera, fué, andando los años, el entendido comandante don Manuel Chacon.





IX

LA CAPTURA

«De una parte el ministro, el intendente y de la otra, la opinión, la sociedad—se decía una mañana el comandante de policía de Santiago, en circunstancia que, presa de un profundo malestar, medía a grandes pasos la mayoría de su cuartel.

Y era la verdad: para aquel buen servidor no podía darse una situación mas desesperada.

Como él lo decía: de un lado el ministro del interior y el intendente de la provincia, que día a día, hora por hora, lo amonestaban; del otro, la prensa, que no cesaba de incitarlo al completo esterminio del bandolerismo—dificil problema cuya enmarañada incógnita no sabía cómo despejar.—me traían a aquel infeliz jefe pre ocupado, confuso y meditabundo desde algun tiempo.

Y el momento en que lo presentamos, era precisamente uno de aquellos en que mas le atormentaba el abatimiento.

De repente sintió que una persona se dirijía a su oficina. Era el teniente Z. que llegaba.

—Hola amigo, ¿qué es lo que ocurre, que así lo veo tan alegre?—preguntó el comandante de policía

—¡Eureka, eureka, señor!—dijo contentísimo el teniente.

—¡Cómo así, cómo así! ¿Qué dice usted?

—Nos hemos salvado comandante: Falcato es Falcato, y el otro es otro.

—No lo entiendo; espíquese usted.

—Digo, señor, que tenemos dos Falcatos. Los he visto por mis propios ojos.

—¡Diablos! ¿Y dónde? Hable usted.

—En las carreras, por supuesto. Los miserables no tenían empacho para remoler juntos.

...¡Con que es verdad! exclamó dándose una palmada en la frente el jefe de policía;—con que es verdad—y nosotros, necios y mil veces necios, que no queríamos creer en la palabra del señor Al

—Mas todavía—interrumpió el teniente;—he sabido que este par de facinerosos se aloja en un fundo de las Lomas!

A favor de la escasa luz de un farolillo, Falcato y Raleador despues de haber apurado el contenido de una gran ponchera, se tiraban rendidos sobre limpias y confortables camas.

—Ya es por poco, hijito, decía el primero:—antes de un mes me verán convertido en un honrado abatero.

—Que te vaya bien, Panchito, replicaba el segundo, que en cuanto a mí, ya sabré componérmela con las limeñitas.

—Y qué lindas muchachas dicen que hai por allí hombre!

—Y también...

El Raleador no pudo continuar la frase empezada. Un golpe estridente, aterrador, terrible, acababa de sentirse a inmediaciones de la casa en que se hallaban los bandidos.

Falcato y Raleador saltaron de sus lechos. Pero antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, rompiéronse en astillas las puertas de la habitación misma que los cobijaba.

Falcato dió una patada al farolillo, con el propósito de aprovechar de la oscuridad para salvarse.

Mas, todo fué en vano. No hubo astucia posible. Una hora despues los dos salteadores con los brazos atados y en medio de numerosa fuerza, ingresaban a los calabozos de la policía.

La hora de la justicia habia sonado.

Falcato y Raleador se hallaban, por fin, bajo la férula de la autoridad.

Falcato nada confesó; resistió como buen *niño* el mas duro tormento.

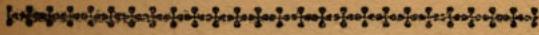
Empero Raleador, a presencia de su mismo jefe y compañero, ántes de que el látigo del verdugo cayera sobre su cuerpo, todo lo contó de plano.

—Eso es falso, falsísimo, señor juez! gritó indignado el capitán de bandolero, así que hubo oído la confesión de su intimidado subalterno.

Desgraciadamente faltó la prueba que, segun la lei antigua, debia simbolizar la luz del dia, y el tribunal quiso que no quiso, tuvo que ejercitar a medias su alto ministerio.

Despues de dos meses que duró la tramitación del juicio, Falcato era condenado a *cuatro años de encierro en los Carros*; al paso que Raleador, en virtud de la misma sentencia, apenas si lo era a sufrir seis meses de paesidio.

*
* *



La Venganza

Un año cabal habia transcurrido desde el dia en que con las formalidades de estilo, el nombrado Pancho Falcato era condenado a los Carros.

Durante este tiempo la paz y la seguridad parecian haber renacido en la capital de la República.

Miéntas tanto el astuto bandolero, metido como fiera en férrea jaula y unido a otro condenado por gruesa y pesada cadena, sentia hervir en su pecho un cúmulo de encontradas pasiones. Escusaba a la sociedad los aplausos que prodigara a su prision, porque tantas veces la habia ofendido; disculpaba a la justicia por el castigo que le habia impuesto, porque tantas veces la habia burlado; pero a quien no perdonaba, ni jamás perdonaría, era a su ex-camarada Raleador, para el cual alimentaba un odio insólito, implacable.

—o—

Una tarde el reo Falcato, autorizado por el administrador de los Carros, conversaba siji-

losamente con el bandido Chupachupa, que habia ocurrido a visitarlo.

—Mucha viveza,—le decía—no descansen un instante. Arregla y prepara todo, y avísame.

Después de esta misteriosa advertencia, Chupachupa se retiraba.

—o—

¿Es decir que usted es inmensamente rico?

—Lo suficiente para dar con que vivir a usted, a diez mas si se me antoja.

—Voi creyendo que concluiremos por entendernos.

—Pero, si no es gran cosa lo que exijo de usted.

—¡Caramba si lo es! ¿Le parece poco a usted la libertad?

—¡La libertad! ¿Acaso yo le he hablado de mi libertad?

—¿Pues, qué es lo que pretende, entónces?

—Nada mas, entiéndame bien, nada mas que me permita salir por tres horas de este encierro.

—¿Y quién me asegura que usted volverá a él?

—Mi palabra, señor, mi palabra.

—o—

Las cosas estaban arregladas.

El sarjento cumpliendo su compromiso,

había deslizado una lima a Falcato, y éste, sin pérdida de tiempo, había limado la chaveta del grillete que lo sujetaba a otro prisionario, tal vez tan temido como él.

Serian las once de la noche.

Un silencio sepulcral reinaba en la primera prision del Estado.

Una reja crujió débilmente y un hombre, saliendo con lijereza de uno de los carros, se escabulló por entre la oscuridad.

Aquel hombre corrió sin detenerse a tomar aliento hasta la puerta de un pequeño rancho, que independiente de muchos otros, se destacaba en las afueras de la calle de San Diego.

Dió dos golpes y la puerta se abrió franqueándole la entrada.

— ¡ Mi capitán ! — exclamó Chupachupa, echándose en los brazos de Falcato; quien era el desconocido que acababa de llegar a la vivienda de su fiel compañero,

— ¡ Arriba ! dijo Falcato, — que el tiempo es oro.

— Vamos, pues, articuló Chupachupa; y tomando dos puñales que se hallaban clavados en la pared de su habitación, dió uno a su jefe y se guardó el otro.

Cuando estuvieron en la calle, Falcato preguntó:

—¿Y Raleador; ha consentido en acompañarme?

—Al instante, si está sin una chica.

—Mejor para él; así saldrá pronto de penas y pagará al mismo tiempo lo que debe.

—Muy bueno será que la pague, porque esto de vender a su compañero y amigo...

—Es que él no ha sido mi amigo; ha sido un miserable nada más. Por eso es que a toda costa debemos despacharlo.

—Yo haré, capitán, lo que usted me ha ordenado.

En seguida los dos bandidos, apresurando el paso anduvieron muchas cuerdas y por último se reunieron a Raleador, que armado también de puñal, los aguardaba con impaciencia.

En la noche en que tuvo lugar lo que inmediatamente referimos, el caballero don J. A. P., opulento hacendado de la capital, fué salteado y asesinado en su fundo de Villaseca.

Los robadores y asesinos no eran otros que Falcato y sus secuaces.

Estos habían preparado el crimen con la más negra alevosía. Se habían introducido, sin que nadie los sintiera, en la morada del caballero. Raleador iba adelante. Llegó hasta

el lecho del señor J. A. P. que a la sazón dormía profundamente, y antes de que Falcato pudiera impedirlo, había asestado una y otra vez con inaudita ferocidad, su enorme y agudo puñal contra el pecho indefenso de su nueva víctima.

—o—

De vuelta los asaltantes se detuvieron a verificar el reparto del valioso botín que conducían.

Falcato separó en tres porciones el dinero.

—Esta es para Raleador y esta para Chupachupa—dijo.—En cuanto a esta otra, que debía corresponderme, sabéis, pues, amigos, que como yo no necesito dinero, no lo tomaré. Esta noche no he venido a robar: he venido simplemente a *vengarme*. El caballero que acaba de morir a manos de Raleador, bien muerto está; me había ofendido y ha pagado con su vida el haberse atrevido a Panche Falcato. De manera que, para obrar en justicia, yo obsequiaré lo que en derecho me pertenece,—este es un antojo,—a aquel de vosotros que sea más hombre.

Y ¿cómo probaremos nuestra superioridad interrogó Raleador, que sabía que no había que ver tratándose de una riña entre él y el raquíptico Chupachupa.

—Con los puños decidiremos la cuestión, no tengas cuidado, — repuso valerosamente Chupachupa.

—Me place, —dijo Falcato.

Un instante despues Raleador y Chupachupa se menudeaban sin compasion feroces puntapiés y mojicones. Pero el primero llevaba la mejor parte y mui pronto su contrario debia sucumbir a sus golpes.

Falcato que hasta entonces se habia conservado como impasible espectador, armada la diestra de afilado puñal, y como el tigre que cae sobre su presa, dió un tremendo salto y fué a herir por la espalda a su antiguo teniente.

Raleador dejó escapar un grito y rodó exánime por el suelo, arrojando un grueso chorro de sangre.

—¡Aquí; a mí! —gritó convulso Falcato.

Chupachupa se acercó con prontitud.

—Todo se acabó, —dijo Falcato; —esto es para tí; yo solo me reservo esta cien onzas.

—o—

Fiel a su palabra y antes de que el plazo estipulado se cumpliera, Falcato llegaba a gatas al carro de su encierro. Ayudado por el vigilante que acababa de recibir el vil precio

de su maldad, entraba silencioso a su prisión, afianzaba con nueva chaveta su grillete y se echaba a dormir sin preocuparse del reguero de sangre que había abierto aquella noche.

—o—

El horrendo crimen que suscitadamente relatamos, hizo naturalmente, el efecto de una bomba en la ciudad de Santiago.

La policía había recojido un moribundo,—Raleador, y éste, en medio del estertor de la agonía, había declarado cuanto ocurría en el lance.

Por manera que el fatídico nombre de Falcato, tornó a correr de boca en boca de un extremo a otro de la población.

Con todo, el juez del crimen, que sin demora se había constituido en los Carros, apenas tuvo conocimiento del hecho, nada encontró allí que pudiera confirmar el denuncia de Raleador; pues Falcato cumplía tranquilamente su condena.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

DE LAS

Astucias de Pancho Falcato

EL MAS FAMOSO

DE LOS BANDIDOS DE AMERICA

POR

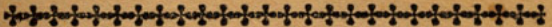
F. ULLOA C.



ADVERTENCIA

Este segundo libro de las ASTUCIAS de célebre PANCHO FALCATO, ha sido escrita única y exclusivamente para recordar con la verdad palmaria de los hechos, a los incautos y despreocupados que tanto abundan.

¡Que el prudente Juan Segura
Alcanzó una edad madura!



Dos palabras sobre las astucias de Pancho Falcato

Continuamos en la relación de los hechos principales de la vida criminal del conocido capitán de bandoleros, cuyo nombre encabeza el presente libro.

Pero, ántes, séanos permitido formular esta pequeña pero indispensable salvedad.

Se nos ha observado, que, tratándose de nuestra primera parte de este libro, destinado a la policía, no han faltado personas que, interpretando mal las enseñanzas contenidas en él, se han espresado con acritud respecto de su autor.

En efecto, se sostiene, que historietas como las que contamos, mas bien sirven de lecciones para el ladrón, que de saludables advertencias para la sociedad.

Tal opinion a nuestro entender, carece de todo fundamento. Porque ¿es posible, que el hombre que *vive del hurto*, y que es natural sea diestro, astuto y hábil, necesite buscar en los libros los mil medios de que dispone, sea

por su contacto con jente de su calaña, sea por sus propias inspiraciones, el tenebroso plan de un criminal atentado?

Nó; los hechos que referimos no pueden absolutamente influir en el acrecentamiento del bandolerismo; pero sí servirán,—como es nuestro deseo,—para evidenciar el peligro en muchos casos.

Dicho lo cual, proseguimos.





I.

La libertad

No cabe duda, que el día mas grande, mas feliz y mas solemne en la vida de tantos que, no por buenos, padecen persecuciones de la justicia, es aquel en que, despues de largo y penoso cautiverio, los céfiros consoladores de la libertad, como una caricia bienhechora, como una armonía inefable, saludan su frente adusta y sombría.

Y ello es lójico. Quien quiera que sea el delincuente, hombre de voluntad de hierro o de robustez física superabundante, tiene necesariamente que doblegarse ante esa entidad, temible pero indispensable que se llama *la prision*.

Así Francisco Rojas Falcato, personificación del hombre fuerte, que habia contado uno a uno, como es costumbre en las cárceles los mil cuatrocientos sesenta días de su permanencia en los *carros*; que habia escuchado con la calma del estóico, como en el infierno de Dante, el tremendo crugir de dientes y el

incesante blasfemar de sus compañeros,—al ver que se abrían las puertas de su férrea jaula, franqueándole el camino de la libertad, no pudo menos que sentir un insólito entusiasmo, un gozo para él hasta entonces desconocido. Su semblante demacrado por la vigilia; su cabellera profusa en blancos hilos; la debilidad consiguiente a la monotonía de una situación mortificante; todo, todo lo recordaba con dolorosa elocuencia, el sufrimiento que en su mejor edad había agotado su existencia. Empero, estos tristes detalles, siempre horribles y aterradores en la carrera del crimen, no influían, no, en el ánimo inquebrantable de Falcato; pues su contento, a medida que se alejaba de la fatal prision y se acercaba al seno de sus amigos, cobraba sus extraordinarias proporciones.

Siguiendo el itinerario que de antemano se había fijado, Pancho Falcato se presentaba en casa de Chupachupa, su inolvidable camarada, el cual con el alboroso propio de tan especial acontecimiento, en union de las cinco hermanas que constituían su familia, lo recibía con toda la esplendidez del que solo cuenta con lo indispensable para vivir.

—No te preocupes de mí, Chupachupa; conozco que eres un infeliz en mi ausencia, dijo el ex-presidario; pero ya estoy a tu lado

y sabré reponer los quebrantos de tu fortuna.

—¡Capitan, usted es capaz de todo! murmuró Chupachupa; pero yo...

—No tengas cuidado: de hoy en adelante podrás apreciarme mejor. No así no más me he sometido al duro trabajo de mis sacrificadores. ¡Ah! cuántos van a tener que lamentar mi reaparición en el escenario del mundo!

—¿Tanto ha sufrido capitan?

—¿Que si he sufrido? Ya tendré ocasión de referirte la larga historia de mis sufrimientos. Por ahora *el tiempo es oro* y solo deseo que cuanto antes me busques un caballo, o que sé yo, entre tus relaciones.

—¿Piensa usted salir a rodar tierras?

—Sí, mi amigo; pienso en un viajecito que será de provecho para ambos.

—¿Y no teme usted?

—¿A quién puedo temer? ¿Te olvidas quién soy? Entiende, querido Chupachupa, que el llamado *Falcato* no ha perdido su inteligencia. No, amigo: soy el mismo de siempre, que tanto y tanto haré que andando el tiempo se apellidarán *mentiras* mis diabluras. Mañana al despuntar el alba, me iré a recoger parte de lo que me deben.

—¿Le deben a usted?

—¡Indudablemente! ¿Acaso crees tú que nada valen los años que han arrancado a mi preciosa existencia? Nó, compañero; alguien me ha de satisfacer la deuda que muchos han contraído conmigo.

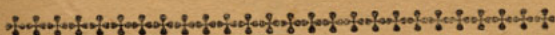
—Pero... ya usted está libre!

—¡Qué me importa la libertad, si carezco de nombre y de recursos! Necesito dinero, mucho dinero, y hoy, gracias a los cálculos que día y noche han ocupado mi mente, me encuentro en mejores condiciones que antes para proporcionármelo.

—¡Ah!

—Estoi resuelto, amigo mio, y pongo manos a la obra.





II.

El engaño

Desafiando el frío glacial de una mañana de densa bruma, un jinete, caballero en una mula «mui dócil a espuela y riendas», después de galopar durante dos largas horas, con toda impavidez se confundía en una cabalgata que impasible arreaba una gran cantidad de vacunos.

Aquel jinete, que tendría, cuando más, 26 años de edad, vestía a la argentina: *chamanto* de largos flecos, vistoso chiripá con respingos o miriñaques y enorme bonete cónico con escarapela de cintas anchas y finas.

Los de la cabalgata, que todos eran argentinos, al codearse con el desconocido, creyeron habérselas con un paisano.

—¡Buenos días les dé Dios, mis señores! dijo el recién llegado.

—Así, se los dé a usted, caballero, contestó uno de la cabalgata, que por el traje que llevaba y por el respeto que inspiraba a los de-

más, parecía ser el dueño de la *hacienda* que se arreaba.

—¿Y a dónde marchan ustedes, mis señores? preguntó el primero con marcado interés.

—Buscamos una pastadita, caballero, para esta torada.

—¿Sí? pues si ustedes quisieran, yo podría proporcionarles un potrero bueno y seguro.

—¿Usted, caballero.

—¿Por qué no?

—Bien estaría eso; pero es el caso que antes debo intentar la realización de mi negocio.

—¡Ah! ¿usted es el dueño?

—Servidor de usted, caballero.

—Y yo de usted, mi señor.

—¿Su gracia, caballero?

—Manuel Valdes, mi señor. Soi argentino y propietario en aquel país.

—¿Podría usted decirme de qué lugar?

—De Jujui, mí señor.

—Yo creía...

—Sí, mi señor, en Jujui tengo mis estancias; y si hoi me encuentro rodando por estos mundos, lo debo a una terrible maquinación política.

—Yo caballero soi de Mendoza.

— ¡Hola! del gran centro ganadero de la Argentina... Pero... usted decía que deseaba concluir el negocio que trae entre manos ¿eh?... Si usted quisiera evitarse molestias... yo podría... por... entretencion...

— ¡Mil gracias, señor Valdes! Se me ha dicho que un hacendado de estas localidades don J. D. F., es un gran comprador de animales y pienso entenderme con él.

— Ciertamente. Conozco mucho a ese señor, allá iremos. Soi mui aficionado a ayudar a mis semejantes, y especialmente a los que como yo han nacido al otro lado de los Andes. De modo que celebraríá infinito me permitiese usted facilitarle la pronta realizacion de su negocio.

— Señor, eso sería un honor para mí.

La cabalgata se acercaba a las puertas del fundo del señor D.

El arjentino de bonete que, como se ha visto, habia sabido insinuarse en el afecto de sus pretendidos paisanos, se adelantó preguntando por el caballero.

Un sirviente contestó que el *amo* estaba en casa.

— ¿Se le puede ver? interrogó el arjentino.

—Le avisaré, su merced, respondió el criado.

Un momento despues se presentaba, diciendo ser el dueño de la casa, un caballero de gentil talante y de agradable fisonomía.

— ¿El señor D? — preguntó el arjentino.

—El mismo, caballero, ¿qué desea usted?

—Deseo, mi señor, que usted me compre un ganado que recién me llega de la otra banda, o me arriende un potrero para depositarlo.

—Compro animales y tambien tengo a talaje para recibirlos.

—Veremos si hacemos negocio.

Traiga usted su ganado, y pueda ser que nos entendamos.

En efecto al poco rato el hacendado, impuesto de la escelente calidad de los vacunos, ofrecía por ellos un precio que su dueño desechó por no convenir a sus intereses.

Con todo, despues de charlar los arjentinós y el señor D., como antiguos y buenos amigos, se arregló la estadía de los animales en el fundo.

—Antes de retirarnos, me permitirá el señor D. que le pida el correspondiente recibo del ganado—observó el arjentino del bonete.

—¡Un recibo! ¿Para qué? Si los animales se venden el asunto es concluido. Nó, señor, no hai necesidad de tal documento. Los papeles mas bien sirven para entorpecer los asuntos comerciales que para facilitarlos.

—Está bien, pues, mi señor.

El arjentino del ganado y su oficioso acompañante, el emigrado político, desandaban precipitadamente el camino que poco antes habian recorrido.

—Señor Valdés,—decia el primero,—espero que tendré oportunidad para manifestar a usted mi agradecimiento dé algun modo por el servicio que se ha dignado espresarme.

—Mui bien, señor; pero eso será cuando nos veamos en Santiago; porque por ahora, asuntos particulares me obligan a dejar su grata compañía.

—Mucho siento esta separación, señor Valdés.

—¡Qué hacerle, pues!

—Pero, ya podemos alzar juntos una copa como un recuerdo a nuestra patria. Entre tanto, aquí tiene usted la mano de un amigo.

—Adios, señor; hasta muy luego,

—Hasta la vista, señor Valdes.

El hacendado don J. D. F. acababa de levantarse de la mesa, y como tenía por costumbre, se paseaba por los corredores de su casa, cuando el supuesto argentino Manuel Valdes entraba al trote de su mula por la puerta principal, diciendo:

—Aquí me tiene usted, mi señor. ¡Que diantrel hemos resuelto a aceptar su oferta.

—¡Cómol... ¿Les conviene el precio?

—¡Qué vamos a hacer! Si nos regodeamos, el talaje, el interes del capital, nuestros gastos personales y otras muchas menudencias acabarán por arruinarnos.

—¿De modo?...

—Que cerramos los ojos y vendemos a usted todo el ganado

—Pero señor... es que por el momento no tengo el dinero necesario.

—¿Tendrá siquiera unos quinientos pesos?

—¡Eso sí; cómo nó!

—¡Magnifico! Déme usted esa suma de contado y en ocho días de la fecha el resto. En cuanto a la entrega del ganado, se la haré cuando usted guste.

—El hacendado se quedó pensativo. El negocio que se le proponía era ventajosísimo y nada divisaba en él que pudiera perjudicarlo. Así, se apresuró a decir:

—¿Necesita usted inmediatamente los quinientos pesos?

—Si usted no tiene inconveniente para entregármelos... pues mis compañeros me aguardan.

—Entonces, señor, el negocio es concluido.

En la tarde del día siguiente el arjentino del bonete espoleaba y azotaba su mula por el entonces solitario camino de San Fernando a Curicó, en circunstancias que otro jinete, de larga y espesa barba, como la que él llevaba, galopaba en dirección contraria.

Al encontrarse, el del bonete, deteniendo su mula, dijo:

—¡Adios, amigo, el del colorado!

—¡Adios, el de la linda mula!—respondió el otro con prontitud, imitándole en su acción.

—Cambio mi mula por el caballo.

—Cambio mi caballo por la mula.

—Digo, cumpa, lo que siento.

—Siento, cumpa, lo que digo.

—Abajo, pues, si se atreve.

—Ya lo estoi, querido amigo.

—El cambio mochito es.

—El que se engaña, se engaña.

—No puedo desencillar.

—Me encuentro en el mismo caso.

—¿Para donde marcha usted?

—¿A la costa voi ¿y usted?

—Cumpita, yo voi a Talca

—El cambalache comprende la montura y el sombrero.

—Consiento en ello cumpita, y mi chupalla allá vá.

Estáte quieta, mulita, para que monte el amigo.

—Colorado, estáte quieto; que otro jinete te aguánte.

—¿Acaso tan malo es este picaro rocín?

—El cambio se hizo mochito, y lo hecho hecho está.

—Pienso lo mismo, amigazo, y solo espero me diga...

—¿Que cosa? ¿puedo saberla para pronto contestar?

—¿Que usted me diga su gracia, si esto no es mucho pedir.

Patás Verdes, segun dice toda la jente en mi tierra.

—Bonito nombre, mi amigo, que jamás lo olvidaré.

—Pero usted me calla el suyo y saberlo tambien quiero.

—A mi en mi tierra me dicen *Panchito Rojas Falcato*.

—Pues, entonces. don Falcato: Dios lo *guarde* muchos años.

—Que El igualmente lo *guarde*, mi señor don Patas Verdes.

Falcato dejó partir a Patas Verdes, quien era un bribon mui temido en todos los pueblos del Sur, y al verlo que tomaba el camino de la costa, ocultó apresuradamente su chamanto en la montura del caballo, echó sobre sus hombros el que traía de chiripá, quitóse las patillas que le habian servido para representar el papel de señor arjentino y, finalmente, inclinado sobre su ojo derecho la chupalla del cambalache, cabalgó en el colorado y se dirijió a San Fernando.

Aun no habia recorrido un cuarto de legua cuando divisó a lo lejos una columna de polvo.

—¡Allá están mis perseguidores!—dijo.

Y no se habia engañado. Minutos despues, ocho jinetes llegaban a buen galope al punto en que se encontraba.

Falcato reconoció al instante en ellos a los arjentinos del ganado y al hacendado comprador, el cual parecia servirles de guia.

—¿Viene usted del sur, mi amigo?—preguntó el señor D, conteniendo violentamente su caballo.

—De Curicó, mi señor,—contestó con amabilidad el bandido.

—¿Y no ha encontrado usted un cuyano en el camino?

—¿Uno que va en una mula mui hermosa?

—El mismo.

—¿Que lleva un bonete maulino.

—El mismo.

—¿Que parece ir mui contento?

—El mismo: no puede ser otro.

—Sí que lo he encontrado. Le pedí fuego y me lo negó so pretesto de que lo mandaban de prisa.

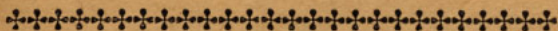
—¿Y hácia dónde se dirige?

—Primer camino de la costa tomó; mas yo no sé para qué punto marche.

—Dios se lo pague, buen amigo.

—Buen viaje, tenga, señor.

Falcato que todo lo sabía, supo, andando el tiempo, que Patas Verdes fué alcanzado cuando riéndose de la que él llamaba su linda jugada, pues era robado el caballo reemplazado por la mula, y supo tambien que le habian administrado un terrible azotaina e impuesto una larga condena.



III

Los duendes

Los quinientos pesos que la astucia de Falcato tan facilmente habia arrancado a la credulidad del hacendado D., disipados uno a uno en no inrumpida bacanal, al fin estaban para agotarse. De manera que, dada la situación asaz crítica que para el bandido se anunciaba, un nuevo atentado de su parte, debia, necesariamente realizarse.

Falcato tenía palabra.

—Quince dias hace, querido Chupachupa, —decía— que des empeñas tu destino y hasta hoy nada me cuentas de la vida que llevas. Esto no es lo convenido. Recuerda, hombre, que hemos sido, somos y seremos compañeros y recíprocamente solidarios de cuante nos ocurra en este valle de lagrimas.

—Pero, ¿que quiere usted, capitán que yo le diga, si nada he podido averiguar que nos interese?

—Niño, niño, quien te oye así espresarte, despues de haberte visto cometer las mas arriesgadas empresas, casi está por creer que te has vuelto un indolente, cuando no... déjame completar mi pensamiento: cuando no un principiante de traidor.

—¿Es posible que usted pueda imajinarse?

—Segun como te conduces...

—Es que soi un torpe, capitán. Pregunte usted, y por mis respuestas deduzca lo que le convenga.

—Veamos: ¿en que parte sirves?

—En casa de...donde se juega noche a noche.

—¿Quienes van a esa casa?

—Muchos que aun no conozco, pues apenas he fijado mi atención en uno de los jugadores, que por su suerte y coraje en el juego, se hace notar entre todos. Es un caballero viejo; se llama don Cosme Ravanales.

—Mas señas.

—Este señor es un creyente fanático, de ideas muy añejas; pues, hasta en medio de las cartas, habla del diablo, de las ánimas y de cuanto ha podido inventar la fantasía.

—¡Hola!

—El señor Ravanales es muy metódico. Llega a la mesa de juega a las ochos en punto; se

divierte, como él dice, hasta las doce; en seguida bebe un vaso de cualquier cosa y, despues, ¡buenas noches! y a su casa.

—¿Y no sabes donde vive este sujeto?

—Por cierto que lo sé. Tiene una hermosa propiedad por la Alameda abajo; en ella vive con su señora, y allí se dirige con su criado, su inseparable Martin.

—¡Qué tall! ¡Vaya, hombre! ¡si no eres nada sin mi ayuda.

«Estoi como en mis mejores tiempos; la suerte me favorece, si, señor don Cosmes Ravanales, ántes de ocho días nos veremos las caras».

Y Falcato, despues de espresarse así, con la constancia que le era peculiar, se dispuso a dar forma al tenebróso plan que instantáneamente, había concebido.

Principió por ordenar a las cinco hermanas de Chupachupa se ocupasen de fabricar otros tantos muñecos, pero muñecos que semejasen a la perfección, por su porte proporcionado y por su traje talar de frailes mercedarios esas creaciones de la fantasía que se denominan *duendes*.

Encargó a Chupachupa, pusiese en su conocimiento de conformidad a las instrucciones terminantes, toda ganancia del jugador Ravanales.

Y por último, el mismo, obedeciendo a una inspiración de infernal estrategia, como el jeneral que prepara el éxito de una contienda visitando el campo en que debe tener lugar un próximo combate, fuése a examinar el sitio elegido para la realización del complot que habia tramado en contra del inocente don Cosme.

Junto al viejo porton de una antigua casa —de esas viviendas de coloniaje que todavía se conservan en nuestra Alameda como un triste recuerdo del pasado, un anciano, envuelto en inmundos harapos, parecia consumirse en dolorosa meditación.

Un transeunte, que notó su abatimiento y que para consolarlo le dirigió una pregunta, solo obtuvo por respuesta un debil y prolongado suspiro.

Sin embargo, aquella encarnación del sufrimiento, aquel mendigo, que tanto semejantes tiene en el dia, que tan bien sabia inspirar la compasión, saltó como una liebre al ver que otro hombre se dirigía hacia él.

—Llega, llega, Chupachupa,—le dijo con suma cautela —y cuéntame lo que me conviene saber.

—El viejo don Cosme,—contestó el otro, sin mirarlo y pasando de largo,— se ha levantado esta noche doscientas onzas.

El terrible callejón llamado de «La Laguna» formado por confusas plantaciones de corpulentos árboles, oscuro y solitario, habría infundido el terror en el ánimo del mas despreocupado.

Y, apesar de esta imponente circunstancia, en el momento que llamamos sobre él la atención de nuestros lectores, las sombras de dos jinetes se destacaban por entre la oscuridad.

Los caballos marchaban al paso, mientras sus conductores rezaban de consumo.

De pronto uno de los caminante se detuvo.

—¿Oye patroncito?—preguntó sobresaltado

—Sí, hombre... ese ruido extraño...

—Parece que alguien se acerca.

—Mira, Martín: veo un bulto. ¡Oh, un fantasma!... ¡Jesus...

—¡Señorito!

Mientras así se espresaban los asustados caminantes, sin atreverse a seguir adelante ni

tampoco volver grupa, una figura negra y colosal llegó pausadamente hasta ellos y con cavernosa voz, que hizo eco en las localidades vecinas, dijo:

—Señor don Cosmes Ravanales, imájen acabada del Hacedor Supremo, ¡bien venido séais!

—¿Quién me habla, Dios de Dios?... Mis cabellos se erizan y mi espíritu se anonada!

—Señor don Cosme, recobraos. Sois un buen cristiano y nada debeis temer.

—Pero... ese acento...

Es el de un fantasma protector, que viene a voz, señor Ravanales, para que lo ayudeis. Sí, señor don Cosme: yo no soi un hombre soi un espíritu, mas un espíritu que solo cumple la misión de amparar a los desvalidos de esta tierra miserable.

—¿Y que quereis de mi, vision aterradora?

—Sois un elejido de Dios, señor don Cosme, y ya os lo he dicho, debeis prestarme vuestra ayuda.

—¿Como?

—Cediéndome la mitad de las docientas onzas que esta noche llevais de mas en vuestra bolsa.

—¿Las que he ganado en el juego?

—Precisamente: las que habéis ganado sin el sudor de vuestra frente.

—¿Lo sabéis?

—Todo lo sabe un espíritu.

—¡Dios de Dios!

—¿Con que os admira, señor Ravanales, que tanto pueda un espíritu? pues entended, vil gusanillo de la creación, que nosotros lo abarcamos todo. Y digo *nosotros*, porque somos miles y millones los incorpóreos protectores de Chile.

—¡Miles y millones!

—¿Quereis la prueba? Bien: mirad!

En cuanto el fantasma hubo pronunciado estas palabras sintióse un lijero ruido entre los árboles cercanos; y luego, como si hubiesen brotado de la tierra, se dejaron ver del infeliz don Cosme cinco diminutos frailes mercedarios.

—¿Que decis, ahora, señor don Cosme?— dijo el fantasma.

El viejo estaba como petrificado. La aparición súbita, incomprendible, de aquellos frailecitos que, con el nombre de *duendes*, tanto habían preocupado su mente en la niñez, al probarle paladinamente su existencia, lo habían aterrorizado de tal modo, que su lengua se resistía a articular una sílaba.

—Hablad don Cosme, tornó a decir el fantasma.

—Pero.. como... no... no puedo

—Dadme acá el dinero y concluyamos; que en otra ocacion ya sabreis ser mas hombre

—Martin, obedece, hijo mio, balbuceó don Cosme dirijiéndose a su sirviente

Martin que, igualmente o mas superticioso que su patron, parecia un cadáver escapado de la tumba, apenas si tuvo valor para mostrar un saco que el fantasma se apresuró a tomar, diciendo:

—¿Esta es la ganancia? Dinero mal habido si se quiere, pero, que, viniendo a mis manos, pasa a ser un beneficio y laudable auxilio. Mañana, don Cosme Ravanales, habrán muchos labios que bendiciran vuestro nombre. Pero nó, tomaré sino la mitad, el resto es vuestro. En lo sucesivo haremos idéntico reparto. Porque, estad seguro, caritativo caballero, que nosotros los invisibles velaremos porque ganeis, siempre que... convenga

—¡Dios de Dios!

—Oidme mas. Nuestra protección estará constantemente sobre vos y sereis feliz, cuanto el hombre puede serlo. Pero a condición de que jamás por jamás se hable una sola palabra de este encuentro, ni de los que en lo sucesivo, y ¡ai del día en que vos o vuestro criado solteis la lengua! porque todas las calamidades

vendrán sobre vosotros y los que de vosotras dependan.

—Por mí lo juro...

—Basta, señor Ravanales. Ahora podeis seguir vuestro camino.

—¡Puedo!...

—Sí, buen hombre: idos en paz.

La ridícula escena que acabamos de referir, verdadera en todos sus detalles, por mas que se suponga inverosímil, se repitió por muchas noches con una exactitud matemática.

Don Cosme Ravanales y su fiel Martin, que al principio manifestaron hallarse poseídos de un terror pánico en los encuentros del fantasma, al fin se iban acostumbrando a sus obligadas apariciones. Empero, el pobre viejo siempre temeroso de una indiscreción de su criado, comenzó a enflaquecer tanto y tanto, que su esposa, considerándolo enfermo de gravedad, creyó llegado el caso de someterlo a un riguroso tratamiento.

—Es preciso, Cosme,—le dijo un día,—que manifiestes a tu mujer lo que te pasa.

—Yo nada sufro, hija mía

—¿Que nada sufres, y te estás consumiendo? Nó Cosme: a tí te sucede algo que no me

esplico. Te véo con tus negocios cada día mas prósperos: con numerosos y buenos amigos siendo respetado de todos: y sin embargo, tu salud, sin causa alguna que yo sepa, se quebranta mas y mas.

—Sí, hija mía, todo eso cierto. Pero...

—¿No quieres comunicar a tu mujer?

—¿Que quieres que te diga?

—Lo que significa ese *pero* que acabas de anunciarme como una reticencia que te vende.

—¡Ai, hija mia!

—Habla, hombre

—¿Deseas que hable? Mejor dicho: ¿me exiges que hable? ¡Ah! si tú supieras, no pretenderias tal imposible!

—¡Imposible!...Pues, te ordeno que me hagas saber al instante lo que tanto tiempo me ocultas.

—¡Mujer! ¡mujer!

—Nada de evasivas: cante usted y no tema señor Ravanales

—¡Majadera! Piensa que si consiento en complacerte la fatalidad aniquilará incontinentemente nuestra casa

—¡Hola, señor profeta! con que teme usted a la fatalidad ¿eh?

—Y tú, engendro de la perdición, ¿con que insiste en que seamos desgraciados? Pues bien sea lo que tú quieres.

—¡Oh!

—Allá va, escucha.

Y don Cosme, inclinado hasta apoyar sus labios en un oído de su mujer, con acen'o apenas perceptible, le refirió la historia de sus sufrimientos.

Cuando el caballero terminó de hablar, su esposa que no podía contenerse, prorrumpió en una burlesca carcajada.

—¿Con que esas teníamos, señor Ravanales?—dijo en seguida.—¿Con que usted ha estado de trato con fantasmas y duendes? ¡já já já!

—Rfe, infeliz—murmuró don Cosme.—que ya tendrás que arrepentirte.

—Pero, hombre necio, estúpido, babei'ca y que se yo cuanto mas! ¿como no reir de tu... ¡Dios me perdone!

Don Cosme, ánte aquella actitud de la persona que mas amaba y por quien estaba dispuesto a sacrificarlo todo, sintió que su vista se oscurecia y que sus piernas flaqueaban.

—¡Favoréceme, Jesus mio!—balbuceó y cayó inerte, como atacado de una conjestión fulminante.

—¡Pobre hombre! murmuró su esposa precipitándose en su auxilio,—yo sabré librarle de tus infames explotadores.

Fiel a su palabra la esposa de don Cosme Ravanales, cumplía noches despues su promesa de librarlo de su triste situacion porque atravesaba.

Acompañado de su criado Martin, marchaba don Cosme por el camino que él llamaba «de los duendes» cuando el fantasma y sus frailes le salieron al encuentro.

Ya el caballero, sin replicar una palabra, como era su costumbre, iba a hacer entrega de la parte que los pretendidos espíritus le exijian de su ganancia en la casa de juego, cuando el ruido ocasionado por el galope de muchos caballos, advirtió a unos y otros que algunos importunos se acercaban.

El fantasma al imponerse de lo que sucedía, lanzó un rujido de furor.

—¡Don Cosme Ravanales,— esclamó,—sois un traidor!

—¡Yo!

—Sí: vos, que no habeis guardado la reserva convenida.

—¡Señor fantasma!

—Largaos. viejo fementido, que todo ha concluido entre nosotros. Pero vivid con el credo en la boca, porque todas las calamidades caerán sobre vuestra casa.

Don Cosme no supo qué responder. La amenaza del fantasma lo había aterrorizado de tal modo, que por poco no da en tierra con una segunda edicion del desmayo que había presenciado su esposa.

—Martin, Martin: ¿qué dices de esto, hijo mio?—preguntó en cuanto el miedo se le hubo disipado un tanto.

—No respiro, patroncito, ni veo, ni oigo.—contestó tembloroso el criado.

¡Al fin los encuentro! Pero, ¿qué hacen ahí como unos estafermos?

Quien así se espresaba era la esposa de don Cosme Ravanales, que en union de ocho huasos, bien montados, llegaban al lugar en que el caballero y el sirviente permanecian inmóviles, no repuestos quizás del tremendo susto que se habian llevado.

—¡Mujer mía!—gritó don Cosme al reconocerla.

—Hombre necio, ¿hasta cuando te envileces?

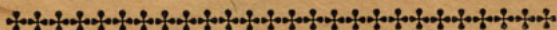
—No pronuncies semejantes palabras, hija mia; mira que el fantasma...

—¡Que fantasma, ni fantasma! El fantasma está en tu cerebro, puesto, que, si no estás loco de atar, presto lo estarás.

—¡Si te he dicho la pura verdad, hija mia!

—¡En marcha, en marcha, viejo estúpido!

Pero es fama que don Cosme Ravanales, libertado por su varonil esposa de las garras de sus audaces esplotadores,—Falcato y las hermanas de Chupachupa,—conservó por mucho tiempo, junto con el remordimiento de no haber sabido guardar un secreto, el temor de que pudiera sobrevenirle un ejemplar castigo por su deslealtad con el fantasma.



IV

El Doctor Falcato

Era mas de media noche.

Falcato, despues de meditar largamente sobre su situación del dia, se envolvió tranquilamente en su capa, abandonó en seguida su casa y se echó a recorrer a la ventura las tortuosas calles de Santiago.

Quería atenuar cuando menos la tristeza que embargaba su ánimo y, segun su modo de pensar, el mejor medio de conseguirlo era emplear el tiempo en marchas y contramarchas.

Pero, cansado al fin de tantas idas y venidas que ningun provecho le dejaban, ya se disponia á regresar de su inutil escursion, cuando por la puerta de una casa salió de repente un hombre, a todo correr, el cual, vino a estrellarse con él. Tan imprevista ocurrencia importaba una grave ofensa, que el quisquilloso Falcato no podia perdonar. Así, encarándose con el que de aquel modo lo trataba:

—¿Qué no mira lo que hace el cien veces badulaque?—esclamó en el colmo de su ira.

—Discúlpeme su merced—murmuró el desconocido, descubriéndose con respeto. Lo que ha pasado no ha sido sino obra de la casualidad. ¿Y qué quiere usted, señor? Se me ordena busque un médico y al instante vuelo, que no corro, sin imaginarme que pudiera ser la causa de nuestro malhadado encuentro.

—¿Qué, va en busca de un médico, dice usted?

—Sí, señor; porque mi patroncito se encuentra atacado de una enfermedad que tiene en grandes apuros a la señorita.

—Pues, hijo, yo soi médico, y aqui me tiene usted para servirlo.

—¿De veras, su merced? Entónces, hágame usted el favor de seguirme.

Falcato no replico. Entró en la casa en pos del criado y, atravesando patios y habitaciones, pronto llegó a un elegante dormitorio en el cual vió que una jóven, de pie junto al lecho de un enfermo, se deshacia en copioso llanto.

—¡El medico, el médico, señorita!—balbuceó el criado, apareciendo rendido y jadeante.

—¡Ah señor, usted es el médico?—preguntó con insistencia la jóven, dirigiéndose a Falcato.

—Soi el doctor Rojas, contestó éste, imprimiendo a sus palabras el acento propio de las circunstancias.

—¡Mi marido se muere, doctor! Por favor apresúrese usted.

El bandido se desprendió con prontitud de su capa y con toda desenvoltura se precipitó a pulsar el enfermo.

Luego, volviéndose a la jóven:

—¿Cuánto tiempo hace, señora, que su esposo se encuentra en este estado?—la interrogó.

—Una hora mas o ménos, señor.

—¿Estaba en casa cuando le sobrevino la conjestion?

—¿Qué es una conjestion?

—No es otra cosa.

—¡Ai, señor! si este hombre está tan desarreglado! Figúrese usted, doctor, que en tres noches no ha llegado a casa! Y ¿quiénes tendrán la culpa de lo que sucede sino los amigos, esos perniciosos amigos, que al fin lo arruinarán, asi como pretenden quitarle la vida?

—Consuélese usted, señora. El caso, aun-

que grave, no es de aquellos que no tienen remedio; así, pues, debemos combatirlo con oportunidad.

—Entonces, proceda usted, doctor.

—Ese es mi deber. Pero, antes dígame usted, señora: ¿en qué se ha ocupado su esposo durante el tiempo que ha permanecido ausente?

—No lo sé, pero lo supongo; debe haber estado jugando.

Falcato guardó silencio. Las palabras que acababa de oír le decían bien claro que la enfermedad del paciente era la congestión cerebral, como él por vía de adivinanza lo había expresado a su llegada.

Así, siguiendo la farsa que se había propuesto representar, con la actitud del hombre de la ciencia que ha tomado una resolución extrema, se apresuró a decir:

—Es una congestión, y una congestión fulminante la que padece el enfermo, contraída necesariamente por el insomnio a que ha sometido su naturaleza delicada. Por tanto, debemos principiar por la aplicación de unos cuantos *solaprismos*.

—¿Sinapismos querrá usted decir, señor doctor?—preguntó con timidez la joven.

—Da lo mismo, señora. Arregle usted el remedio que prescribo, que ya tendré tiempo para explicarle por qué uso de esta palabra desconocida para usted.

La jóven llamó al criado, quien a su vez proporcionó los respectivos ingredientes, y los sinapismos fueron colocados segun las indicaciones del supuesto doctor.

—Pero ¿no necesitará de algun otro medicamento mas eficiente mi marido ¿dijo la jóven.

—Aguardemos el resultado de los *solaprismos*, y luego veremos lo que mas convenga. Entre tanto, sírvase escucharme; mi señora. He empleado el vocablo técnico *solaprismos*, en lugar del que jeneralmente cónoce el vulgo, porque en el ejercicio de mi ministerio, siempre acostumbro rendir *pleito* homenaje a los padres de la noble ciencia. Y para probarle, señora, que mi asercion no es hija de un capricho ni de un antojo estravagante, me basta manifestar a usted que la palabra de que me ocupo se forma, fíjese usted bien, de las partículas gramaticales *so* y *la* y del complemento latino *prismo*, que en nuestra lengua significa *espíritu*. De manera que, en buenas cuentas, *solaprismo* quiere decir doctoralmente hablando, que el corrosivo medi-

camento que con este nombre conocemos, obra por *si solo* sobre el *espíritu* de la vida orgánica. ¿Entiende usted?

—¡Ah!... Pero, cómo yo no sabía!

—Pensemos ahora en nuestro enfermo.

—Parece que recobra el conocimiento.

En efecto; no podía suceder de otro modo, atendida la oportunidad de la curación.

—¡Cuán agradecida voy a quedar a usted, doctor!

—No he hecho sino lo que mi deber me prescribía, señora.

Un momento después, el enfermo se creía mejor; ya en uso de la palabra, rogaba a su esposa pagara al doctor Rojas, sin regatear, lo que éste pedía por su oportuno y eficaz auxilio.

La joven obedeciendo a su marido, se volvió a Falcato, que a la sazón escribía sobre una cuartilla de papel.

—Supongo, señor,—le dijo, que el paciente estará fuera de peligro.

—Era, precisamente, lo que iba a advertir a usted, señora.

—Entonces, sírvase usted indicarme cuánto vale su visita.

—Mi asistencia, señora, puede usted pagarla con lo que crea conveniente.

—¿Serán bastantes diez onzas?

—Repito a usted, señora, que quedaré mui contento con lo que usted quiera darme.

Falcato en posesión de las diez onzas, que ni siquiera se habia imaginado tener tan pronto en su bolsillo, se despidió de la jóven y salió seguido del criado.

Cuando estuvieron en la calle, con muestras del mayor contento, el bandido dijo:

—¿Sabe usted que hemos andado con toda felicidad en nuestra casual asistencia? El enfermo queda aliviado y mejorará completamente. Sin embargo, como medida precautoria, voi a dejar a usted este papelito con las señas de mi casa, por si se ofrece buscarme. Mas... ¿sabe usted leer?

—Nó, señor.

—No importa: guárdese el papel y rómpalo si alguien no se lo pide.

—Está bien, señor.

Al dia siguiente la casa en que el ex-presidario se habia presentado como médico, se

hallaba llena de señoras y caballeros que, sabedores del accidente ocurrido, acudían a informarse del estado del enfermo.

Y bien, como la congestión había declinado y el paciente se encontraba del todo restablecido, lo que indudablemente era motivo de jeneral contento, no faltó una persona que preguntara cuál era el nombre del médico a quien se debía tan feliz resultado.

—Se llama el doctor Rojas,—observó la dueña de casa.

—¡Doctor Rojas!—esclamaron varios caballeros;—pues si ninguno de nuestros médicos lleva ese apellido.

—Sin embargo, señores, el de mi referencia se llama el doctor Rojas.

—No puede ser.

—Si tal. Y, si nó, que venga nuestro criado y nos saque de dudas.

El criado se presentó al instante.

—¿No fué el doctor Rojas el que tuvimos anoche en casa?—le interrogó la jóven.

—Sí, su merced, fué el doctor Rojas. Y en prueba de que ese señor curó al patroncito, aquí tiene su merced este papel, en el cual me advirtió, al retirarse, que dejaba las señas de su casa.

Uno de los circunstantes tomó el papel y leyó en voz alta:

—«El médico que ha sanado al señor... de su ataque de apoplejía fulminante, con solo un par de excelentes *solaprimos*, ha sido el que suscribe, mui afamado doctor en cuanto quiere.—*Francisco Rojas Falcato.*»

Las barras de plata

Falcato sentia algo así, discúlpenos el símil, como una pantofajia de riqueza. Para él eran sinónimos la felicidad y el dinero. «Ten ga yo platita, solia decir, y me rio, sí, señor, del amor, de la amistad y de cuanto Dios creó».

Pero nuestro hombre habia llegado a una época de su desastrada vida en que los recursos de su inventiva principiaban a menguar o extinguirse notablemente.

Sin embargo, en el caso de que vamos a ocuparnos, talvez por aquello de que «mas discurre un hambriento que cien letrados», lá imájinacion del ex-presidario, sometida nuevamente a prueba, le sujirió, sin gran trabajo, todavia otro espediente para encontrar lo que tanto necesitaba.

Falcato sabia que el abogado P., mas bien que un esperto jurisconsulto, era un loco incurable, tratándose de minas, o, como dice

un amigo nuestro, de «buscar lo que a nadie se le ha perdido».

Un día, envuelto en su inseparable capa, luciendo un magnífico sombrero de Guayaquil y haciendo crujir bulliciosamente un flamante par de botas, se presentó en casa del abogado.

—¿El señor doctor? preguntó a un sirviente que salió a recibirlo.

—Está en su estudio, caballero, pase usted, le contestó el interpelado.

Falcato avanzó hasta llegar a la puerta de un pequeño gabinete. Dió dos golpes en ella y esperó.

¡Adelante! dijo una voz desde el interior.

El bandido entró, viéndose acto continuo en presencia de un caballero que, tirado muellamente en un sofá, leía o aparentaba leer en un infolio que descansaba sobre un atril.

—¿El señor P?—interrogó Falcato.

—El mismo, señor mio: ¿qué decía usted?

—Necesito tratar con usted un asunto de la mayor importancia.

—Éstoi a sus órdenes. Sientese usted.

—El ex-presidario arregló convenientemente su capa, ocupó en seguida el sitio en que el abogado le designara y le dijo:

—Señor doctor, se me ha asegurado que es usted un gran aficionado a las buenas minas.

—Un poco... no mucho.

—Pues, señor: ha de saber usted que yo soi poseedor de una riqueza fabulosa.

¡Usted!

—Lo que usted oye, mi señor; pero de una riqueza extraordinaria, inconmensurable, nunca vista; mejor dicho, de un reventon de plata barra,

—¡Señor!

—Aquí tiene usted una muestra.

Y Falcato puso en manos del abogado una pequeña pifia de plata; la cual, preciso es tenerlo mui presente, habia formado un dia antes fundiendo un medio ciento de fuertes de buena lei.

—El caballero examinó con escrupulosidad lo que su interlocutor le manifestaba y no pudo ocultar la espresion de codicia que su mirada dejó comprender.

—¿Y qué parte podría tomar yo, mi amigo, en el sorprendente hallazgo de que usted me habla? preguntó luego el señor P.

La misma parte que su servidor, naturalmente. Vea usted: yo no quiero provocar un alboroto con mi mina, como muchos lo hacen, porque eso no la permite mi carácter; pretendo sí asociarme con una persona de valimiento, como usted, para esplotarla. Así

obtendré, tengo fé en ello, un mayor y mas seguro beneficio.

—Y ¿cómo? esplíquese usted.

—Por el momento solo cuento con dos trozos de este precioso metal, y no quisiera sacarlos a luz ántes de acompañarlos con otros veinte o treinta de su misma especie.

—¿Pero es posible que usted pueda conseguir tanto?

—¿Que si es posible? Pues, ¿no digo a Ud. señor P., que mi reventon es enorme?

—Adelante. Continúe usted.

—Bien. Esta misma noche, en dos horas mas, traeré a usted los trozos o barras de plata a que he aludido, y usted, en vista de la mercadería, me facilitará mil pesos, cantidad que por el momento necesito; nada mas.

—No sé si pudiera.

—Ochocientos pesos, cuando menos. Con esta suma ya sabré como despedirme para enriquecernos de tal modo, no se fije usted en la hipérbole, que pronto nos veamos los primeros millonarios de Sud-América.

—¡Cáspita, mi amigo, que eso es mucho suponer!

—Ya lo creerá usted, señor. Entre tanto, haſta la vista.

—Vuelva usted, que estaré listo.

Falcato no hizo esperar. A la hora convenida, provisto cada cual de una pesada barra de reluciente plata, llegaba con Chupachupa a casa del abogado P.

—Es usted mui puntual, dijo éste apresurándose a examinar las tentadoras piñas que se le presentaban.

—Y ¿qué me dice usted ahora, señor P.? ¿no es verdad que valdrá sus tres mil pesos cada uno de estos bultitos?

—Mucho mas, mi amigo; mucho mas.

—Y bien: con cuarenta de su clase que nos proporcionemos mensualmente, ¿a dónde iremos a parar?

—¡Qué espléndido! ¡qué espléndido!

—Pienso como usted, señor. De ahí mi propósito de no hacer bulla absolutamente respecto del descubrimiento; porque en todo debemos principiar por el principio. Arreglémonos, que si conviene a usted el negocio ya tendremos tiempo para hacer el bombo que se nos antoje.

—Yo, caballero,—dijo el abogado, soi, como usted lo sabe, mui entusiasta por las minas; y si le he de manifestar lo que siento,

desde luego le haré presente que acepto de mil amores la proposición que usted me hace.

—¡Pero, si ella no puede ser mas ventajosa!...

—Así lo entiendo, y es por esto que agradezco a usted infinitamente la elección que ha hecho de mí para su socio. Sin embargo...

—Esplíquese usted, señor.

—Iba a observarle que no tengo inconveniente para suscribirme con los ochocientos pesos que usted me indica como necesarios para la implantación de trabajos en la mina; pero que, antes de proceder, no estaría de mas que hiciéramos una escritura...

—¡Oh! eso vendrá a su tiempo. Ya creo que es indispensable una escritura o un contrato para negocios como el de que nos ocupamos; pero, por lo que ya me ha cabido el honor de espresar a usted, es decir, por el secreto con que deseo iniciar todas las operaciones referentes a la mina, la intervención de terceros es por el momento perjudicial. Le pido a usted ochocientos pesos, cantidad insignificante si se considera el resultado en perspectiva; pero en cambio dejo en su poder como prenda pretoria, dos bonitas barras de plata, las cuales, como usted mismo lo reconoce, representan un valor que exceden de seis mil pesos.

—Está bien; no discurremos mas sobre el particular. Entregaré a Ud. mañana, a esta misma hora, la suma requerida. No la tengo en casa, pero la buscaré entre mis amigos.

—Corriente, mi señor.

—Otra cosa. Quisiera llevar a usted personalmente el dinero. Sin embargo, como no sé con quién tengo el honor de entenderme... ni tampoco sé donde vive...

—¡Ah! señor, perdone usted mi distracción! Me llamo N. N.; vivo en la calle de... frente a... No hay por ahí otra casa de teja que la mía: puede usted llegar a ella sin perderse. Por otra parte, yo mismo tendré cuidado de guardarlo a la puerta de mi triste choza.

—Pero, quisiera,—como no acostumbro salir solo por la noche... usted sabe como estan los tiempos;— quisiera, repito, ir en su busca acompañado de un sobrino, que es de toda mi confianza y ante el cual no tenemos por qué guardar reserva de ninguna especie.

—Muy bien, señor. Vaya Ud. con su sobrino, que puesto que es tan...

—¡Ah! sí, sí; no tenga usted cuidado,

—Entónces, con su permiso: hasta la vista

—Que Dios lo guarde mi querido socio.

En cuanto se vieron en la calle Falcato y Chupachupa, éste se apresuró a decir:

—Parece que el negocio no vá mal. Pero el pensamiento aquel de llevar a usted personalmente la platita no lo creo muy puesto en razon.

—¿Por tan poco te asustas?—replicó Falcato;—que no oíste entónces las señas que de nuestra casa dí al señor P.

—Sí, por cierto; mas, no entiendo que significa el que usted le haya dado cita a la casa desocupada que deslinda con la nuestra.

—¡Hombre, si todavía eres un niño! Mira: si trasladamos nuestros mejores muebles a una de las habitaciones de la casa desocupada e improvisamos una salita para recibir al caballero, ¿crees tú que, cualquiera que sea el resultado de mi *travesura*, pueda venir algun compromiso sobre nosotros?

—No comprendo, esta es la verdad.

—Déjame obrar, Chupachupa y ten confianza en tu capitan de otro tiempo, que no es otro el que te habla; por mas que te veas emancipado de su autoridad.

No bien el ex-presidario hubo abierto la puerta principal de la casa que, como suya

había designado al abogado señor P., cuando este acompañado de otro caballero, que el bandido supuso fuese el sobrino de quien aquel le había hablado, llegaron hasta él y lo saludaron con el cariño *sui generis* que el interés siempre inspira de vez en cuando a ciertos hombres.

—Pasen para adentro, mis señores,—dijo el bandido, escusándose en esta invitación de prolongar una permanencia en la calle que podía serle perjudicial.

En seguida todos tres se hallaban en una pieza decentemente amueblada.

—Podemos hablar a nuestro sabor,—dijo Falcato,—porque la familia no está, por fortuna, en casa.

—Lo convenido, mi amigo,—articuló el abogado.—Quiero ser franco con usted, ya que la suerte nos ha colocado frente a frente. Mi objeto al venir a casa de usted no ha sido otro que el de conocerlo mejor. Ya esto es hecho. Ahora aquí tiene usted el dinero.

—Para proceder según usted me lo advierte, señor P.,—repuso Falcato con toda seriedad,—ha tenido usted sobrada razón. No lo desconozco; y tanto es ello así, que en su lugar, habría hecho lo mismo. Respecto de la suma convenida, prevengo a usted que, o soy un bobo, o antes de quince días podré decir

con orgullo: «los ochocientos pesos recibidos de mi socio señor P., están gastados, pero *muy bien gastados*».

—Confío en Dios, mi amigo, que ha de suceder como usted lo anuncia. Entre tanto, como es un poco tarde, separémonos cada uno con sus ilusiones.

—¡Magnífico, señor!

—Buenas noches, y hasta que la suerte se digne premiar nuestros laudables propósitos.

—Buenas noche, mis señores.

El abogado señor P., que, desde su conocimiento con Falcato, soñaba despierto con millares y millones, amontonados en relucientes onzas, viendo que había trascurrido un mes y que su socio no parecía, se resolvió a no esperarlo por mas tiempo y reducir a dinero sonante las hermosas barras que tanto le preocupaban y que ocultaba en el lugar mas recóndito de su casa.

Al efecto, hizo llamar a un platero; lo introdujo con estudiado misterio en su escritorio y le dijo presentandole las inmensas piñas:

—Necesito deshacerme de este metálico y quisiera que usted al cálculo, me manifestase cuanto podría sacar de él.

El platero que era hombre entendido en la

materia, se acercó a las barras; las examinó con gran cuidado, y valiéndose de una herramienta de que venía provisto, y luego con testó:

—Por este metal, si yo fuese el comprador, cuando mas daría veinticinco pesos.

—¡Que ha dicho usted, hombre de Dios!

—¡Que lo que usted me muestra no vale mas de la suma que he indicado.

—¿Está usted loco?

—No sé que pueda tener mejor precio una amalgama de plomo y estaño, bañada apenas en una sutil disolución de plata, como la que se me presenta

—¡Pero, hombre: si usted se engaña!

—Lo que dejo espuesto es efectivo y usted no sacará un centavo mas.

—¡Si es plata pura la que usted vé!

—¡Plata pura! ja, ja, ja,!

—No tenga usted el atrevimiento de burlarse de un caballero tan respetable como yo.

—Pero no sostenga usted tampoco lo que no sabe y que debia saber.

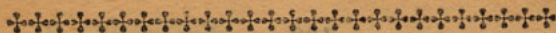
—¿Habla usted formalmente?

—No tengo por qué mentir

—Entonces.....me han estafado....., Santo Dios!!.....

En el mismo día que tuviera lugar la verdadera escena que acabamos de relatar, un oficial de policía, en unión de un buen número de soldados, registraba cierta casa, que personalmente le había designado el doctor en leyes señor P. Empero, después de repetidas e inútiles pesquisas, lo único que encontró fué este singularísimo letrero, que el abogado leyó en medio de la rabia que lo devoraba.

«Cada uno en su oficio, señor P.—Siga Ud. explotando a su clientela; pero, esta vez pague las hechas y por hacer.»



VI

La falsificación

Se dice que «lo mal habido nunca es bien aprovechado», y la perniciosa situación en que se encontraba Falcato probaba palmariamente la exactitud de esta sentencia. Porque, sin saber como, los ochocientos pesos, que su proceder altero había arrancado por un engaño al abogado señor P., apenas si estaban ya representados por unas cuantas pesetas.

Y Falcato triste y pensativo, como nunca, recordando sus momentos felices o de prosperidad, sin descubrir en las profundidades del porvenir una sola esperanza salvadora, comprendió con harto sentimiento, que principiaba a abandonarlo la entereza de carácter de que tan orgulloso viviera hasta entonces.

«¿Qué me queda por hacer?—se preguntaba.—No he intentado buscar el camino de la enmienda siendo juicioso y honrado? ¿No he pagado con sufrimientos infinitos los pecados que cometi? ¿Por qué, pues, Dios mío, esta persecución incesante de la fatalidad?... ¡Ah,

ya me lo esplico!... es que Díos no perdona, porque no puede perdonar, al ofensor contumaz de sus semejantes!»

Así razonaba nuestro bandido cuando la imperiosa ley de la necesidad venía a advertirle, con su elecuencia abrumadora, que no era sino un miserable ser viviente.

Pero él, que tanta filosofía gastaba para cohonestar su conducta deprabada, que tan dispuesto se mostraba para abandonar su infame oficio de ladrón, no tenía, sin embargo, fuerzas suficiente para triunfar de sus perniciosas inclinaciones, toda vez que siempre concluía diciendose por esto o aquel golpe de mano que le dejaran entrever los recursos que necesitaba para hacer frente a las exigencias de sus múltiples vicios.

Falcato y Chupachupa se encontraban.

—¿De dónde vienes, mi niño?— preguntaba el antiguo capitán de bandoleros, estrechando cariñoso la mano de su único amigo.

—Acabo de recoger esta carta. Me faltaba ganado para satisfacer mis compromisos y me he dirigido al hacendado mi proveedor. Y en esta esquelita se me autoriza para que vea unas vaquillas.

—Y dime, hombre: ¿no sabes si habrá por ahí algún otro hacendado con quien pudiera

yo entenderme?

—¿Pretende usted ingresar al gremio de abasteros?

—Talvez, hombre; pero no lo he pensado bien todavia. Mi objeto es otro al dirigirte la pregunta que acabas de oir. Despues sabrás mis intenciones.

—Y bien: ¿sobre qué querria usted entenderse con el caballero que yo le indicara?

—Sobre compra de animales, por supuesto.

—Para revenderlos.

—Exactamente.

—Entónces puede usted verse con el señor V., quien es un excelente sujeto, segun se asegura. Tiene buenas engordas, y quien sabe si usted, que es tan vivo, no le arranca un precio conveniente.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque, a pesar de las buenas cualidades que recomiendan al señor V., este caballero es todo una piedra azul, que no da un grano de trigo al gallo de la pasion; y no hai mi-guelino que no haya perdido en sus tratos con él.

—A ver, pues, si yo soi mas afortunado.

—Ya creo que lo será, si usted lo quiere.

—Pero, mi buen Chupachupa, si tu amigo comprase algunas reses al hacendado, señor

V., ¿podrias tú, como conocedor de esta clase de negocios, realizarlas en pocos dias?

—¡Oh! como nó!

—La verdad sea dicha: espero entenderme con el señor V., por mas exigente que sea, y que tú, prestándome un gran servicio, tendrás tambien en la combinacion que me propongo realizar una regular pitancita.

En cuanto Chupachupa se le hubo separado, Falcato se dirigió apresuradamente en busca del hacendado señor V., y en virtud de los datos que su camarada le habia dado, pronto se halló en su presencia.

—¿Qué queria usted señor?—preguntó el caballero, despues de los saludos de estilo.

—Soi abastero de Valparaiso,—respondió el bandido.—He venido a casa de un amigo que trabaja en esta capital y éste me ha manifestado que usted tiene en sus haciendas lo que yo necesito.

—Es cierto; como mis engordas, no las encuentra usted en ninguna parte.

—Ya me lo imaginaba, mi señor.

—Pero, quién sabe si los precios no son para usted un inconveniente...

—Viendo el ganado...

—Puede usted verlo cuando guste.

—Sin embargo seria bueno que usted señor

me diese una cartita para sus administradores,

—Eso será mejor. Voi a complacer a usted al instante.

De regreso, Pancho Falcato examinaba con gran cuidado en el rincón de su casa la carta de introducción que el señor V. acababa de darle para uno de sus empleados. «Este papelito,—se decía,—me facilitará la entrada en un fundo en que supongo encontraré muchos y muy lindos animales. Mas, ¿qué provecho voi a reportar con la sola vista del ganado? Nó, señor: mi viaje sería completamente inútil si no contase con algo sonante para emprender el negocio que diviso en perspectiva. Pero, tate, Panchito .. si esta carta me parece susceptible de un arreglo conveniente. Mire usted si es ocurrencia la de mi señor hacendado esta de escribir sobre la cuarta página, esto es, al revés de como lo hace todo el mundo, que por supuesto principia en la primera! Si, mi inteligente joven Rojas, ¿no le he dicho a usted, una y mil veces, que es mas afortunado precisamente cuando carece la fortuna? Y, si no, ¿cuánto le apuesto a que de este documento va usted a obtener un soberbio beneficio?»

REPUBLICA NACIONAL
SECRETARÍA DE INTERIORES

Acto continuo el ex-presidario abrió la carta, y convencido de que podía cambiar su escrito significado con solo agregar unas cuantas palabras al contenido de cada línea, ocupacion sencilla que ya había ejecutado en otras ocasiones, llamó a una de las hermanas de Chupachupa, a quien le ordenó la aplanchase con toda prolijidad.

Un momento despues, sin gran trabajo ni necesidad de raspaduras o enmiendas, la falsificacion estaba hecha.

La carta que el hacendado señor V. había entregado a Falcato estaba concebida en estos términos:

«Rodolfo:

«El abastero, dador de la presente, desea comprarme treinta bueyes de la engorda del potrero del Maiten.

«Muéstrasela; y si le agrada, espérame, que personalmente haré entrega del ganado.

Te saluda tu V.»

Bien distinta aparecía esta misiva despues de las agregaciones introducidas por el bandido.

Héla aquí:

«A Rodolfo Zúñiga:

«El abastero dador de la presente, *don Francisco Rojas*, desea comprarme treinta

bueyes, *escojidos entre los* de la engorda del potrero campo o sea del Maiten.

Muéstrasela: y si le agrada, *entrégaselo en el acto* y espérame, que personalmente *elijiré nueva engorda y te haré la entrega del ganado que convenga apartar.*

Te saluda tu *patron V.*»

Como era natural, el administrador don Rodolfo Zúñiga, en vista de la orden terminante de su patron, contenida en la carta que el supuesto abastero de Valparaíso pusiera en sus manos, no trepidó en hacer la entrega de los treinta bueyes, escojidos, como se le indicaba, en la numerosa engorda de la hacienda de su cargo.

—El negocio marcha a pedir de boca, amigo mio: solo me falta para terminarlo que tú me coloques entre tus colegas los treinta animalitos que me ha regalados el señor V.!—dijo Falcato con toda seriedad.

—¡Que le ha obsequiado el señor V.!—esclamó admirado Chupachupa, que era la persona con quien hablaba Falcato.

—Eso es. ¿Y de que te admiras? ¿Acaso no merezco yo que cualquier hijo de vecino me favorezca con un regalo?.

—No lo dudo; pero tratándose del señor V.

—¡Dale! para mí todos los hombres son iguales, y no es el señor V. el que se ha servido ayudarme en mi empeño de formarme un capitalito sino uno de tantos.

—Realmente, capitán, no sé qué pensar...

—Piensa lo que mas te agrade, Chupachupa; pero el tiempo es oro y yo necesito hoy mismo la suma que pueda obtener por los bueyes de mi exclusiva propiedad.

—La tendrá usted en un momento mas.

—Hasta ahora no me ha dicho su merced en cuánto vendió los bueyes al abastero de Valparaíso.

—Si no lo he vuelto a ver.

—Yó me refiero a los treinta simplemente.

—¿De qué treinta me hablas?

—De los que el señor abastero sacó del fundo un mes a esta parte

—¡Que sacó del fundo!

—Pues, ¿qué? ¿no me ordenó su merced que se los entregara en el acto?

—¡Yo!

—Su merced; y ¿quién otro podía disponer de lo que le pertenece?

—¡Yo, hombre!

—Aquí tiene su merced la carta que para el efecto recibí.

El hacendado V., que era quien sostenia el precedente diálogo con su mayordomo Rodolfo Zúñiga, se quedó perplejo cuando reconoció su firma.

—Yo escribí... yo no escribi esto!—esclamó sumamente contrariado.

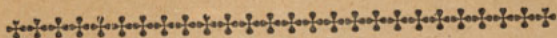
—Pero su merced no me dirá que no son tuyas la letra y firma de esta carta.

—En efecto, esta es mi propia letra; pero ¿quién demonios me la ha falsificado?

—¿Cómo, su merced?—

—¡Es que tú has sido engañado, Rodolfo, y yo, hijo... robado miserablemente!

El jefe de policía, a quien el señor V. se habia apresurado a comunicar lo sucedido, comprendió al instante que el único responsable del robo y falsificación que se le denunciaban, no podía ser otro que su antiguo conocido, el mui famoso Falcato. Así, sin detenerse en grandes y casi siempre inútiles averiguaciones, como se acostumbra en tales casos, impartió *ipso facto*, las órdenes necesarias para la captura del astuto malhechor.



VII

Consumatum est.

Tiempo hacía que en Santiago no se oía el terrible nombre de Falcato.

¿Por ventura el bandido había dejado de existir?

Esta pregunta que se repetía por doquiera, nadie entónces sabía contestarla.

Pero hoi que—con el deliberado propósito, como al principio de este libro lo espresamos. de poner sobre aviso a los *incautos* y *despreocupados*, respecto de los medios de que se vale para esplotar al prójimo el que ha hecho profesion del crimen,—nos hemos propuesto recordar las fechorías de aquel hombre funesto que tantos imitadores ha tenido y tiene, cúmplenos maniféstar a nuestros lectores que la justicia, en cuyo podr al fin cayó Falcato, en obsequio de la tranquilidad pública y a pesar de sus protestas y juramentos sobre su ninguna participacion en los robos y salteos, estafas y engaños, de que se le acusaba, lo

envió silenciosamente a los trabajos forzados del presidio ambulante.

Dolorosa consecuencia de un negro pasado que, al parecer, ponía solemne remate a los desmanes de un ser bajo todos conceptos peligroso a la estabilidad social.

FIN.

